



**MUJERES QUE NO SE QUEDAN EN CASA,  
NO SE LAVAN LAS MANOS  
NI SE TAPAN LA BOCA**

**Covid-19 y Filantropía Comunitaria en América Latina**

*Por Florencia Roitstein y Andrés Thompson*

Una producción de

ellas.

Con el apoyo de



Colonia, Uruguay, octubre 2020

© ELLAS- Mujeres y Filantropía [www.ellasfilantropia.org](http://www.ellasfilantropia.org) y Global Fund for Community Foundations <https://globalfundcommunityfoundations.org/>, 2020

## CONTENIDOS

Resumen ejecutivo	4
Introducción	6
La vieja normalidad: ¿era normal?	8
Las “generosas” en la vieja normalidad	10
Una bomba cayó: Covid-19	14
Las voces de las comunidades: una mirada de género	23
La “nueva normalidad”: certezas e incertezas	43
Conclusiones: la peste y el día después	51

## RESUMEN EJECUTIVO

*En América Latina se está jugando un capítulo aparte de la batalla global contra la COVID-19, que está poniendo a prueba las capacidades nacionales y regionales para afrontar un desafío que va mucho más allá de una crisis sanitaria. Las diferentes respuestas de las administraciones públicas ponen en cuestión la capacidad de coordinación regional y dejan al descubierto la fragilidad de las instituciones, de la infraestructura, del modelo social de desarrollo y de las capacidades de colaboración y articulación intersectorial a favor del interés general.*

*Un denominador común que sigue atravesando las decisiones de la gran mayoría de los poderes públicos en la región es la confusión en lo más alto del poder gubernamental (presidentes y ministros), los mensajes contradictorios que transmiten a la población y la ausencia de prácticas proactivas para contener el contagio. Sumado a esto, aparece una visión paternalista y su consecuencia; el avasallamiento de las libertades públicas. También, la total falta de articulación con las organizaciones de la sociedad civil y con las de base local.*

*En ese contexto y durante los meses de mayo y junio investigamos y conversamos con mujeres líderes comunitarias de todos los países de la región para conocer el impacto que ha tenido el desarrollo de la pandemia del COVID-19 en sus comunidades y en sus propias vidas personales. Sus reflexiones se centran en las siguientes dimensiones:*

- *El cuestionamiento a la idea de la “nueva normalidad”, con base en la crítica a la “vieja normalidad”: menor confianza, dudas sobre la reciprocidad, mayor solidaridad;*
- *El debilitamiento de la democracia participativa en la región;*
- *Las consecuencias económicas de la pandemia en la calidad de vida de la gente, particularmente en términos del empleo y el trabajo y recursos propios;*
- *La conciencia sobre el impacto que tiene la brecha digital en la desigualdad;*
- *La escasa participación de la sociedad civil como actor de peso en las políticas públicas frente al impacto del covid;*
- *La solidaridad, en cuanto fenómeno temporario y reactivo;*
- *La importancia del papel de las mujeres.*

*Frente a este panorama marcado una vez más por la desigualdad y la inequidad social, las mujeres se tuvieron que organizar y reinventarse, crear redes de esperanza y plataformas de ayuda entre ellas, darse visibilidad pública (ya que son invisibles) y transformar la necesidad en oportunidad de cuidado y sobrevivencia.*

*Las mujeres que “hablan” en este texto, y que representan a muchas miles más **no se quedaron en sus casas** porque no pudieron hacerlo. Esas mismas mujeres **tampoco se lavaron las manos**, no se desentendieron de su entorno, no se refugiaron en sus*

*individualidades ni pretendieron salvarse ellas solas. La confianza en sus comunidades se transformó en su más importante recurso. **Ellas tampoco se taparon la boca**, sino que a pesar del barbijo salieron públicamente a denunciar las violencias domésticas resultantes del confinamiento, a reclamar la ayuda del estado ausente, a tejer alianzas, a reinventar sus vidas, sus trabajos y sus comunidades.*

*Ellas tuvieron que crear en Ecuador bancos comunitarios para resolver la falta de acceso a recursos económicos para las mujeres de la comunidad; inventaron en Chile nuevas maneras de intercambio de productos y servicios para que todas las mujeres de la comunidad puedan generarse ingresos y llevar comida a sus hogares; desarrollaron cursos de tecnología en Argentina para reducir la gigante brecha digital que deja a casi la mitad de la población aislada completamente; implementaron un fondo de emergencia para ayudar a las trabajadoras sexuales; ellas crearon una plataforma digital para permitirles a las artesanas de Ecuador que sus productos puedan seguir comercializándose y asegurarles los recursos económicos para sobrevivir. Ellas inventaron un banco de alimentos en México y se aseguran de que los miembros de su comunidad no pasen hambre.*

*Ellas crearon y recuperaron un "nosotros comunitario", como lo hacen cientos de miles de otras mujeres de la región, co-creando modelos de respuesta integrales a la epidemia que les permitió a los miembros de sus comunidades no sólo protegerse del contagio con el covid 19 sino seguir imaginando un futuro posible. Ellas conocen el ecosistema y el contexto en el cual la epidemia se desarrolla en sus propias comunidades y pusieron, como lo hacen siempre, sus competencias y sus relaciones de confianza para crear en conjunto con otras mujeres soluciones sustentables que permitan sostener a los miembros de sus comunidades en estas épocas tan inciertas.*

*Frente al discurso de la "guerra" contra el coronavirus encarnado sobre todo en los hombres gobernantes, las mujeres en las comunidades sacaron a la luz su mayor grado de empatía, solidaridad e instinto de colaboración y protección. Los dilemas del "día después" y las posibilidades de "reconstruir mejor" (build back better) dependerán en gran medida de cómo se resuelvan las tensiones entre, por un lado, el miedo, la desintegración y la anomia social y, por el otro, los esfuerzos de integración, cooperación y cuidado. En este juego, la filantropía comunitaria liderada por las mujeres tendrá un rol protagónico indiscutible.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Durante el año 2019 realizamos un estudio exploratorio sobre el liderazgo de las mujeres en la movilización de recursos locales en las comunidades donde viven y actúan en América Latina. La misma concluyó en la publicación de un libro: *La rebelión de lo cotidiano. Mujeres generosas que cambian América Latina*. En el mismo, analizamos en profundidad los casos de veintitrés mujeres de la región que de distintas maneras hacen filantropía: movilizándolo y donando recursos, dando lo mucho o poco que tienen, ofreciendo espacios propios para bibliotecas o albergues para mujeres golpeadas, poniendo sus cuerpos y mentes al servicio de la justicia social. Por eso, las hemos llamado “las generosas”.

Sus historias eran conmovedoras ya que permanentemente ponían en juego los valores esenciales de lo que llamamos “filantropía comunitaria”: la reciprocidad, la solidaridad, la transparencia, el compromiso con el bien común y la confianza. Todas ellas, con sus organizaciones, trabajan alrededor de los tres ejes identificados por varias entidades internacionales: la generación de recursos, el fortalecimiento de capacidades e influencia de las comunidades y la creación de confianza<sup>1</sup>. A ello, sin ninguna duda, le agregan su mirada de género resaltando el papel diferencial de las mujeres en sus comunidades y la relevancia de su propia agenda: salud sexual y reproductiva, violencias de todo tipo, las prácticas y visiones patriarcales del poder, la inequidad en los ingresos y en las oportunidades de desarrollo.

Si bien sus luchas eran desiguales y difíciles, la aparición de la pandemia del COVID-19 fue, según una de ellas, una “bomba atómica” que cayó en la comunidad. Imaginando los múltiples desafíos que estarían obligadas a sobrellevar, nos propusimos volver a ellas para acompañar e indagar sobre cómo las estaba impactado, qué reacciones estaban teniendo a nivel personal y comunitario, qué estaban haciendo sus gobiernos por sus comunidades y, también, sobre cómo veían el futuro una vez que terminara la pandemia, si es que algún día ello sucede. Así, durante el mes de junio, julio y agosto las entrevistamos a distancia (¡gracias zoom!) y conversamos con ellas y con otras líderes comunitarias de la región. Y nuevamente nos asombramos y conmovimos por sus audacias, sus libertades y sus generosidades. En las páginas que siguen, intentamos mostrar y compartir lo más fielmente los resultados de esa investigación y de nuestras propias reflexiones que derivaron de ella.

---

<sup>1</sup> [El argumento a favor de la filantropía comunitaria: De qué manera la práctica crea recursos, capacidad y confianza a nivel local y por qué es importante](https://www.issuelab.org/resource/the-case-for-community-philanthropy-how-the-practice-builds-local-assets-capacity-and-trust-and-why-it-matters.html). Publicación conjunta de la Fundación Aga Khan en Estados Unidos, la Fundación Charles Stewart Mott, el Fondo Global para Fundaciones Comunitarias y el Fondo de los Hermanos Rockefeller. Disponible en: <https://www.issuelab.org/resource/the-case-for-community-philanthropy-how-the-practice-builds-local-assets-capacity-and-trust-and-why-it-matters.html>

Como es evidente, no hemos pretendido abarcar todas las realidades del vasto territorio de América Latina sino poder ilustrar este complejo panorama a partir de algunos ejemplos paradigmáticos.



## 2. LA VIEJA NORMALIDAD: ¿ERA NORMAL?

### Las pandemias latinoamericanas antes del COVID-19

La desigualdad es una característica histórica y estructural de las sociedades latinoamericanas y caribeñas, y esta se ha mantenido y reproducido incluso en los períodos en que la región gozaba de prosperidad económica. La desigualdad en el acceso a la salud, a la educación y al desarrollo es un obstáculo a la erradicación de la pobreza, al desarrollo sostenible y a la garantía de los derechos de las personas. Sin duda alguna, esta desigualdad que se vive desde hace generaciones en América Latina es la consecuencia de una matriz productiva poco diversificada y basada en los servicios ambientales, por un lado, y en una cultura del privilegio de unas pocas elites, por el otro. Este sólido entramado que se reproduce de generación en generación favorece un círculo vicioso en el que la reproducción de las desigualdades de origen socioeconómico se entrecruza con las desigualdades de género, territoriales, étnicas, raciales y generacionales.

El resultado es una región de 650 millones de habitantes (CELADE, 2019)<sup>2</sup> que registra una tendencia al alza en cuanto a los niveles de pobreza y pobreza extrema. En 2018, un 30,1% de la población de la región se encontraba bajo la línea de pobreza, mientras que un 10,7% vivía en situación de pobreza extrema, tasas que aumentaron a 30,8% y 11,5%, respectivamente, en 2019, según las proyecciones de la CEPAL. Por su parte, la desigualdad en la distribución del ingreso, expresada en el índice Gini, es la más elevada del planeta. Por último, si bien el gasto social de los gobiernos centrales ha aumentado de 10,3% a 11,3% del PIB entre 2011 y 2018, alcanzando a 52,5% del gasto público total, aquellos países que enfrentan mayores desafíos para cumplir las metas de la Agenda 2030 son los que presentan niveles más bajos de gasto e inversión social.

En síntesis, la región latinoamericana se encontraba en una situación muy débil como para poder hacer frente de manera efectiva y socialmente justa a las múltiples dimensiones sanitarias, sociales, económicas y políticas de la pandemia. La mayoría de los gobiernos poco pudieron hacer para evitar la expansión del COVID-19 y su impacto devastador en la sociedad.

### La situación de las Mujeres en LAC antes del COVID-19

Según la CEPAL, la región de América Latina y el Caribe (LAC) logró progresos significativos en los últimos años en algunas dimensiones de la igualdad entre mujeres y hombres, que se alcanzaron con velocidades diferentes, de acuerdo con la profunda heterogeneidad que existe entre los países de la región. Sin embargo, en los últimos tiempos, los avances encuentran límites, ya para sostenerse, ya para expandirse. La sobrerrepresentación de las

---

<sup>2</sup> CELADE - División de Población de la CEPAL. Revisión 2019 y Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Población (2019). World Population Prospects 2019, edición Online.



mujeres entre las personas en situación de pobreza, la falta de ingresos propios y suficientes, la sobrecarga de trabajo no remunerado, las brechas de participación económica y las tasas de desempleo sistemáticamente superiores a las de los hombres evidencian que aún quedan por enfrentar importantes desafíos para que hombres y mujeres vivan en condiciones de igualdad y equidad y gocen de manera plena de sus derechos.

La desigual distribución del ingreso aumentó marcadamente desde comienzos de la década de 1980 hasta el año 2000 y luego siguió incrementándose, pero de forma más leve. La autonomía económica es un pilar fundamental de la autonomía de las mujeres y, por definición, requiere que estas perciban ingresos que les permitan superar la pobreza y disponer de su tiempo libremente para capacitarse, acceder al mercado laboral, desarrollarse profesional y personalmente, participar de manera activa de la vida social y política, y dedicarse a sus seres queridos sin que ello se transforme en una barrera para el logro de sus propias aspiraciones. Los ingresos monetarios y el tiempo son recursos finitos y muchas veces escasos. Las mujeres tienen menor acceso al dinero y a otros recursos productivos como la tierra, la capacitación y las tecnologías. A su vez, disponen menos de su propio tiempo por dedicarse al cuidado y el bienestar cotidiano de los miembros de sus familias. Esto atenta contra su autonomía y no permite alcanzar la igualdad distributiva en los hogares ni en la sociedad en su conjunto. La noción de ciudadanía también se hace presente en el debate de la autonomía económica de las mujeres, ya que se rescata como uno de los enfoques para abordar la pobreza de género en la región y visibilizar el empoderamiento y la participación de las mujeres en la toma de decisiones y en los procesos económicos de la sociedad.

Sin embargo, en el caso de las mujeres, muchas veces tener ingresos constituye una base, pero no significa necesariamente ejercer una plena autonomía desde el punto de vista económico, ya que sus ingresos son tan bajos y sus trabajos tan informales que no les permiten superar el umbral de la pobreza, ya sea individual o de sus hogares. Ni tampoco debido a la informalidad de sus ocupaciones proyectar un futuro posible para ellas.

Las mujeres se encuentran en un círculo vicioso, en una trampa social que no les facilita el acceso a la educación necesaria que les permitiría poder insertarse más competitivamente en el mercado formal de trabajo y así poder tener garantizada la estabilidad, la salud y un ingreso para ellas y su familia. Y en ese contexto, poder recuperar sus derechos y su autonomía ciudadana.

### 3. LAS “GENEROSAS” EN LA VIEJA NORMALIDAD



*We won't go back to normal because normal was the problem*

La “vieja normalidad” en América latina, aunque hoy produzca nostalgia en muchos, no era un jardín de rosas, como describimos en la introducción de este documento. Más aún, se podría atribuir a esa “vieja normalidad” el surgimiento de la pandemia del COVID-19 como resultado del deterioro ambiental, la globalización y el consumo descontrolados, el calentamiento global y las mutaciones genéticas resultantes de las intervenciones en la naturaleza y sus ciclos vitales.

La vida de las mujeres que analizamos *en La rebelión de lo cotidiano*<sup>3</sup>, más allá de su diversidad geográfica y cultural, tenían aspiraciones y luchas comunes: como el acceso

---

<sup>3</sup> Roitstein, Florencia y Thompson, Andrés. La rebelión de lo cotidiano. Mujeres generosas que cambian América Latina, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2020.

gratuito a la salud sexual y reproductiva para todas, la igualdad de acceso a créditos para permitirles el desarrollo económico, la igualdad de salarios ante la misma responsabilidad que los hombres, el acceso a los puestos de responsabilidad y decisión en el sector privado y público, las cuotas para exigir la participación activa de las mujeres en los partidos políticos y en los consejos de administración y mucho más.

En sus relatos, “Hablan de amor y de rabia. Hablan de lo difícil que es trabajar en sus comunidades donde a veces no hay agua ni electricidad. De sus enfrentamientos con los señores dirigentes, con los políticos, con los funcionarios, con los tratantes de personas, con los narcos, con los que no escuchan, con los que las hacen esperar tiempos exagerados. Cuentan cómo se protegen a sí mismas, como se esfuerzan por mejorar, por estudiar y capacitarse. Nos hablan del buen vivir, de su escuela, de su barrio, de sus maridos e hijos, del aborto, de los feminicidios, de las autoridades, de lo que creyeron y ya no creen, de sus convicciones. Nos dicen que no se trata de ellas, sino del conjunto. Ellas sueñan con sus sueños y los de las próximas generaciones. Ellas hablan de soledades y de colectivos. Ellas hablan de los hombres que no están. Ellas hablan de no tirar la toalla. Ellas hablan de paradojas y de perplejidades. Dicen también que se ven en sus ancestralidades africanas o indígenas, en la tierra que nos da vida, y nos da hongos y frutos silvestres que nos ayudan a vivir mejores vidas”.

Sus luchas recorren un amplio espinel: esclarecer las desapariciones forzadas de personas en manos de narcos y tratantes; generar fuentes de ingreso y autoestima a mujeres afrodescendientes y de poblaciones indígenas andinas; crear nuevas miradas y prácticas sobre la ecología y la soberanía alimentaria; usar el arte del teatro para mostrar las inequidades de género; obtener servicios básicos para el desarrollo comunitario; rescatar identidades barriales mediante la fotografía; incidir políticamente para el avance de los derechos sexuales y reproductivos; alfabetizar mediante el fomento a la lectura; generar una nueva conciencia sobre la sexualidades en los movimientos juveniles; defender el derecho al cuerpo, a la tierra y al territorio; abrir nuevas vías para la inserción de las mujeres en la fuerza de trabajo; mejorar la situación legal de los inmigrantes latinos en Estados Unidos; proteger el medio ambiente y los recursos naturales; conservar el patrimonio biocultural de los pueblos originarios; avanzar en los derechos de las/los trabajadoras sexuales; gestionar éticamente los residuos industriales; crear empresas comunitarias de mujeres; reintegrar a los reclusos a una nueva vida; promover el comercio justo, la economía solidaria y el consumo responsable; denunciar y enfrentar la violencia de género y los femicidios.

Crean nuevas organizaciones donde no las hay, o donde las que están no cumplen su función; marchan y protestan en las calles; recorren los territorios generando conciencia; prestan servicios, orientan, asisten; visitan cárceles, ministerios y juzgados; suben a las montañas y cerros en busca de hongos, de frutos silvestres o de familiares desaparecidos; viajan largas distancias para estar presentes, tender una mano y escuchar; escuchan siempre, y también dicen sus verdades; golpean puertas de gobiernos; organizan ferias y exposiciones para mostrar el fruto de su trabajo; crean nuevos negocios; usan la palabra, las manos, la mente y la gracia; organizan reuniones, capacitan, enseñan, escriben, crean.

Ellas son las cuidadoras primarias de los niños y los ancianos; las que acompañan a las jóvenes a decidir sobre sus embarazos y abortos; las que cuidan sus hogares y organizan la economía familiar cuando sus compañeros (cuando los hay) trabajan “allá afuera” para traer un recurso al hogar; las que pacientemente conversan con los jóvenes que han infringido la ley. Son las emprendedoras cuando se trata de imaginar nuevas formas de hacer las viejas cosas; cuando organizan una red de auto cuidados contra la violencia doméstica mediante el uso de los teléfonos celulares; las que crean empresas con su mirada puesta más en el bien social que el monetario; las que usan el arte en sus distintas formas como instrumento de inclusión social. Son las educadoras cuando enseñan como elaborar un dulce casero, como detectar la violencia machista, como identificar las propiedades de los frutos de la tierra y preservarlos para épocas de escasez. Son educadoras cuando arman bibliotecas en su propia casa y reclutan a los niños del barrio para leer; cuando hacen cartillas sobre salud sexual y reproductiva; cuando se ocupan de que sus hijos recorran enormes distancias para asistir a la escuela; cuando transmiten sus saberes ancestrales a las nuevas generaciones; cuando construyen y refuerzan identidades comunitarias. Ellas son trabajadoras rurales, obreras de la construcción, sociólogas, periodistas, activistas, militantes, maestras, empresarias.

Nos dicen que la generosidad es recíproca, que es lo mismo que la solidaridad, que les da timidez pensarse así. Nos hablan de la falta de recursos para hacer lo que hacen, pero que igual tarde o temprano los consiguen porque alguien en la comunidad se suma. Piensan que sin la generosidad de mucha gente no podrían hacer lo que hacen. Hablan de dar, de entregar, de escuchar, de transmitir conocimientos, de estar atentas. Nos muestran como ceden sus casas para que funcione una biblioteca, o un centro comunitario, o un centro de acogida para mujeres golpeadas. Ellas saben cómo movilizar recursos en, desde y hacia la comunidad: todo vale, el tiempo, el esfuerzo, las ideas, los dineros que juntan entre todas, las horas voluntarias, los aportes de especialistas de afuera, las comidas que preparan para las reuniones, las lágrimas que guardan a escondidas en sus almohadas. No saben muy bien lo que es la filantropía comunitaria, pero la ejercen cotidianamente y a toda hora”.

### **Filantropía comunitaria**

¿Por qué llamamos a sus actividades de “filantropía comunitaria”? Por algunos de los varios motivos ya señalados por Doan<sup>4</sup>:

- Sus iniciativas y la acción de sus organizaciones **se integran al entorno social** fácilmente ya que desde allí surgen. Aunque algunas no tengan una base geográfica muy definida, son conocedoras de los códigos locales, de los recursos existentes y de cómo mejor aprovecharlos;

---

<sup>4</sup> What is community philanthropy? — A guide to understanding and applying community philanthropy Dana R.H. Doan en <https://globalfundcommunityfoundations.org/wp-content/uploads/2019/08/WhatIsCommunityPhilanthropy.pdf>

- Las **relaciones que establecen son prioritarias** para cualquier tipo de iniciativa ya que generan la base de confianza necesaria para la movilización del capital social local;
- Aunque puedan haber surgido como “movimientos de mujeres por la supervivencia”<sup>5</sup>, generalmente es el primer paso para **dar atención a las causas y necesidades principales** de sus comunidades, incorporando una dimensión feminista. Así “la participación comunitaria ha sido la posibilidad que muchas mujeres han encontrado para enfrentar el desafío cotidiano de asegurar la reproducción cotidiana de su familia”<sup>6</sup>;
- Ellas también ejercen una **capacidad de convocatoria y facilitación** de los procesos comunitarios de manera abierta y honesta buscando articular sus iniciativas con múltiples actores privados y públicos;
- Al organizarse, estas mujeres expanden **enormemente su capacidad de movilización de recursos** materiales, humanos y simbólicos en beneficio de sus comunidades;
- Todas ellas ejercen un **liderazgo responsable** en sus organizaciones, generando así confianza en su membresía, construyendo una cultura de diálogo y de consensos que les permite empoderarse y hablar de igual a igual con quienes detentan el poder.

---

<sup>5</sup> Luna, Lola, *Los movimientos de mujeres en América Latina y la renovación de la historia*, Creatividad feminista.org, México (2004)

<sup>6</sup> Pereyra, Brenda. “Género, pobreza y poder. La participación de las mujeres en el ámbito comunitario”, en Pena, Muria et al. *Desarrollo y derechos de las mujeres. Participación y liderazgo en organizaciones comunitarias*, Ed. Ciccus 2013, Buenos Aires.

## 4. UNA BOMBA CAYÓ: COVID-19

### **Crisis sanitaria, económica, social y política: reacciones y gobernabilidad**

En América Latina se está jugando un capítulo aparte de la batalla global contra la COVID-19 que está poniendo a prueba las capacidades nacionales y regionales para afrontar un desafío que va mucho más allá de una crisis solamente sanitaria. Las diferentes respuestas de las administraciones públicas que se han dado hasta ahora ponen en cuestión la capacidad de coordinación regional y dejan al descubierto la fragilidad de las instituciones, del modelo social y de las capacidades de colaboración y articulación intersectorial.

Menos de tres meses tardó en llegar a América Latina el COVID-19 desde que se detectó en diciembre de 2019 en la provincia de Wuhan, en China, zona cero de la primera crisis. De Asia saltó a Europa, con epicentro en Italia y España, extendiéndose hacia Francia, Alemania y el resto del territorio europeo. En pocas semanas Estados Unidos, ante la pasividad de la administración Trump, y la sorpresa del mundo entero, pasó a ser el primer foco con el mayor número de contagios, superando en forma significativa a China. Esta velocidad de propagación ha hecho saltar las alarmas en todo el continente. La reacción, sin embargo, no ha sido igual en todas partes. Algunos países, extrayendo políticas y prácticas realizadas por el poder público en Asia y Europa, decidieron tomar las mismas medidas drásticas. Es el caso de Argentina, por ejemplo, donde se procedió a una rápida reacción del recién asumido como presidente Alberto Fernández, que fue respaldada por la oposición y que llevó a los 55 millones de habitantes a un confinamiento total. El presidente de Chile Sebastián Piñera, que atravesaba en marzo 2020 sus horas más bajas de popularidad, decidió declarar el “estado de catástrofe y de sitio” por 90 días, provocando el aplazamiento a octubre del plebiscito sobre la modificación de la constitución previsto en abril y militarizando las calles de todo el país. Igualmente se aplazaron las elecciones parlamentarias y presidenciales en Bolivia. Otros presidentes de la región también han tomado medidas radicales como Martín Vizcarra de Perú, Iván Duque de Colombia, Mario Abdo Benítez en Paraguay, el controvertido Nayib Bukele de El Salvador, Alejandro Giammattei de Guatemala o Laurentino Cortizo de Panamá.

Un denominador común que ha atravesado las decisiones de la gran mayoría de los poderes públicos en la región es la confusión en lo más alto del poder gubernamental (presidentes y ministros), los mensajes contradictorios que transmiten a la población y la ausencia de prácticas proactivas para contener el contagio. Sumado a esto, aparece una visión paternalista y su consecuencia; el avasallamiento de las libertades públicas. También, la total falta de articulación con las organizaciones de la sociedad civil y con las de base local.

Las medidas drásticas de confinamiento, sin embargo, no han dado los resultados esperados y el nivel de contagios ha continuado creciendo en todos los países de la región, con la excepción de Uruguay (hasta el momento de redactar este trabajo).

Una vez transcurridos los primeros meses de la epidemia y ante la falta de respuestas públicas a las consecuencias más inmediatas del confinamiento (la falta de ingresos

económicos), las personas comenzaron a salir con el propósito de realizar algún tipo de trabajo que les permitiera generar mínimos recursos para llevar a sus hogares. Por ejemplo, la directora del Instituto Nacional de Salud y máxima autoridad epidemiológica de Colombia, Martha Ospina, ha declarado recientemente en varios foros que Colombia no dispone del “músculo financiero” necesario para mantener cuarentenas estrictas y generales de manera continuada. Con ello implica que el efecto que tienen las restricciones sobre el pasar económico de los hogares más vulnerables sin otra fuente de ingresos que el día a día es demasiado fuerte, y por tanto la norma termina por no poder respetarse. Este límite es, en realidad, algo común a toda Latinoamérica, y la razón principal por la cual el confinamiento no logró suprimir el contagio a los niveles que sí lo hizo en Europa (al momento de escribir este texto): independientemente de lo que dijera la norma, el confinamiento profundo es menos sostenible en sociedades con altos niveles de pobreza e informalidad y sin infraestructura pública de paro y seguro de desempleo que es la situación imperante de la gran mayoría de los países de la región.



Otros presidentes de la región han sido más reticentes a aplicar medidas drásticas como la cuarentena, e incluso algunos siguen dudando de la gravedad de los hechos. Líderes ideológicamente tan distantes como el brasileño Jair Bolsonaro y el mexicano Andrés Manuel López Obrador han sido objeto de críticas por su falta de reflejos al analizar el desafío. El primero, en su estrategia seguidista de Washington, inicialmente calificó la pandemia de “gripecita” y ha seguido haciendo campaña contra las medidas de cuarentena decretadas en forma autónoma por algunos gobernadores de Estados, como Joao Doria en Sao Paulo o Wilson Witzel en Río de Janeiro. La campaña anti-cuarentena de Bolsonaro, que reza “Brasil no puede parar”, llevó a la jueza Laura Bastos Carvalho de Río de Janeiro a ordenar al gobierno brasileño “abstenerse” de promover actitudes de rechazo de las medidas de confinamiento.

En México, el presidente rechazó las medidas de confinamiento y sólo después de acercarse al millar de infecciones recomendó quedarse en casa. Tanto Bolsonaro como López Obrador han experimentado descensos importantes en los índices de aprobación de la opinión pública y lo que suceda en las próximos meses puede tener consecuencias para su futuro

político, sobre todo para el brasileño que puede ver disiparse sus posibilidades de reelección. Caso aparte es el de Nicaragua, país en que la pareja presidencial, formada por Daniel Ortega y Rosario Murillo, se han negado a tomar medidas y promovieron una manifestación de apoyo con el lema “Amor en tiempos del COVID-19”. Este país que lleva años inmerso en una crisis política, con acusaciones de violenta represión a la oposición, apenas ha reportado una quincena de casos sospechosos *importados* y un muerto por coronavirus, pero existen dudas sobre estos datos por la falta de transparencia y acceso a la información.

La crisis del coronavirus amenaza la precaria estabilidad de América Latina, una región atravesada por conflictos arraigados y olas de protestas, y que la pandemia hizo que se pospusieran, aunque sin duda resurgirán al terminar la alarma. Las medidas de distancia y el temor al contagio desmovilizaron temporalmente a la población, pero las causas de las protestas no solo no desaparecieron, sino que incluso se agravaron dado el impacto que la epidemia está teniendo en la población, tanto en el terreno médico como en el económico y social. Aunque con grandes diferencias, en la mayoría de América Latina el acceso a una sanidad de calidad es muy desigual. Los servicios públicos suelen ser deficitarios y las clases medias son atendidas mayoritariamente por un sector privado inaccesible para gran parte de la población. Según la Organización Panamericana de Salud (OPS), la proporción del gasto sanitario está muy por debajo del óptimo –solo 3,7% del PIB–, aunque debería ser como mínimo del 6%. También la cantidad de personal sanitario está por debajo, con la excepción de Cuba, que una vez más ha hecho valer su capacidad sanitaria para ofrecer apoyo, no sólo en América Latina, sino también en China, Italia o España. Según la OPS, un 30% de la población de la región no tiene un acceso adecuado a asistencia médica debido a carencias económicas.



Las consecuencias en el plano económico también son devastadoras. La mayoría de los países de la región se caracterizan por vender servicios ambientales y commodities sin valor



agregado. La gran mayoría estaban apenas saliendo de la crisis e iniciando tímidos procesos de recuperación que se verán truncados con el cese de las actividades y el desplome de los precios de las materias primas. Está además la delicada situación económica de Argentina y la crisis humanitaria en Venezuela. En el primer caso, su relativa mejor estructura sanitaria se ve limitada por la escasez de recursos financieros. En el caso de Venezuela la ayuda humanitaria a gran escala se hará imprescindible y la Alta Comisionada para los Derechos Humanos de Naciones Unidas, Michele Bachelet, ya ha hecho un llamado a analizar los efectos de las sanciones internacionales sobre la población.

Además de las consecuencias sobre las finanzas públicas de la región, es difícil aventurar el daño de esta situación sobre los ingresos de los trabajadores del sector informal, que en muchos países superan el 50% del mercado laboral y que están desprotegidos. Algunos gobiernos han anunciado ayudas de ingresos mínimos, pero no ha sido fácil hacer operativas estas ayudas de forma inmediata y los recursos son limitados y están bien por debajo de las necesidades económicas para cubrir la canasta familiar.

En la mayoría de los países de la región, la pandemia está desencadenando el primer retroceso en los indicadores de desarrollo humano desde 1990. Se proyecta que 30 millones de personas caerán en la pobreza, el número de desempleados aumentará a más de 44 millones, la caída de la productividad y el declive económico será tan profundo que se estima que será hasta 2023 cuando los niveles de actividad se recuperen a los niveles de 2019. El FMI estimó la caída de productividad en la región tres veces mayor que en otras regiones emergentes. Más aún, la aguda crisis de salud estará acompañada por un declive económico y social sin equivalente en el mundo en desarrollo.

Esta crisis sanitaria es también una crisis de gobernabilidad nacional y regional, que pone en cuestión la capacidad del liderazgo para articular políticas transparentes que ayuden a un control de la pandemia. En momentos como este se echan en falta instrumentos regionales para la gestión de la crisis. La CELAC, liderada por un dubitativo López Obrador, ha sido incapaz de reaccionar ante los desafíos de la pandemia. La OPS tiene respuestas técnicas, pero le falta operatividad política y financiera. No se puede decir que la llegada de la COVID-19 a América Latina fuera una sorpresa. Era una visita anunciada, pero no hubo capacidad de anticipación y la reacción está limitada por carencias estructurales que se asientan en instituciones débiles y modelos de crecimiento inequitativos y dependientes.

El coronavirus pasará, pero dejará a la vista nuevas cicatrices de la endémica desigualdad en la región. Mientras que posiblemente haya una vacuna o tratamiento médico que ofrecerá soluciones individuales, los impactos de la crisis y los problemas sociales generados relacionados con la política y la gobernabilidad persistirán en diversas dimensiones:

Primero, las malas decisiones políticas que fueron tomadas sin un análisis en profundidad de la realidad y el contexto en el que viven los ciudadanos de a pie. Desde el slogan “quédate en casa” a millones de personas que no tienen una casa sino una tapera a la vera de las rutas, a “lávate las manos” al 30% que no tienen acceso al agua potable, al “distanciamiento social” para 28% de la población de la región que vive hacinada en casillas rudimentarias

compartidas entre varias familias con hijos. Los gobernantes han sobreactuado, discurseando en medios sin lograr construir medidas efectivas que controlen la propagación del virus y los contagios masivos en barrios enteros.

Segundo, las divisiones partidarias y la fragilidad de la política para generar agendas consensuadas y articulaciones programáticas entre sectores que faciliten el armado de líneas de acción a favor de la salud y el cuidado de la ciudadanía.

Tercero, la escasa inversión crónica en salud pública no sólo alimentada por ideologías políticas sobre cuál es el papel del Estado, sino y sobre todo por los profundos niveles de corrupción en el sistema público de atención médica que ni siquiera cesaron durante la pandemia.

Cuarto, las reglas de connivencia entre el estado y el mercado que han ampliado de manera crónica y sistemática la división entre pobres y ricos, por ideologías de izquierda o derecha y que han convertido a esta región en aquella que tiene más diferencia entre pobres y ricos.<sup>7</sup>

En América Latina los ciudadanos dedican mucha atención a cómo los gobiernos se comportan, responden y brindan soluciones. Sea a nivel municipal, provincial y/o nacional. El fracaso profundo que se está viviendo en la región en estos momentos, ha llevado a los gobernantes a los niveles más bajos de imagen positiva de la historia. Para la mayoría de las sociedades, ya no se trata de reactivación o recuperación, sino de reconstrucción de un tejido social, de una deuda profunda que hoy como nunca antes no se puede ya más esconder.

La pandemia ha demostrado una vez más la improvisación de los gobernantes y la incapacidad de creación de respuestas a la medida de las necesidades reales de los ciudadanos. No existe un análisis en profundidad sobre el escenario actual y ni siquiera un plan a la medida de las necesidades reales pos-pandemia. La “nueva normalidad” la siguen inventando las organizaciones sociales de base, y entre ellas aquellas lideradas por mujeres. Cientos de miles de mujeres en Ecuador, en Guatemala, en Chile, que aprovecharon de sus competencias, de sus recursos y de sus capacidades de movilización social y se pusieron el futuro en las manos, y junto con otras armaron cadenas de cuidado, de salud, de alimentación y de educación de las infancias.

Ha llegado el momento de que las mujeres sean el foco de una nueva gobernabilidad, porque ellas desde hace tiempo han cambiado las reglas del juego para reducir la grotesca desigualdad y generar igualdad de oportunidades para sus familias, sus vecinos, sus comunidades y su red de organizaciones aliadas. La buena noticia es que en América Latina y el Caribe la población las está viendo en las calles, en las casas, en los medios de

---

<sup>7</sup> <https://www.cepal.org/es/publicaciones/40668-la-matriz-la-desigualdad-social-america-latina>

comunicación, en los parlamentos y al verlas unidas y organizadas las apoyan, las acompañan y se suman. Esas son las historias de las “generosas”.



### **Como afectó la pandemia a las comunidades y a las mujeres en particular**

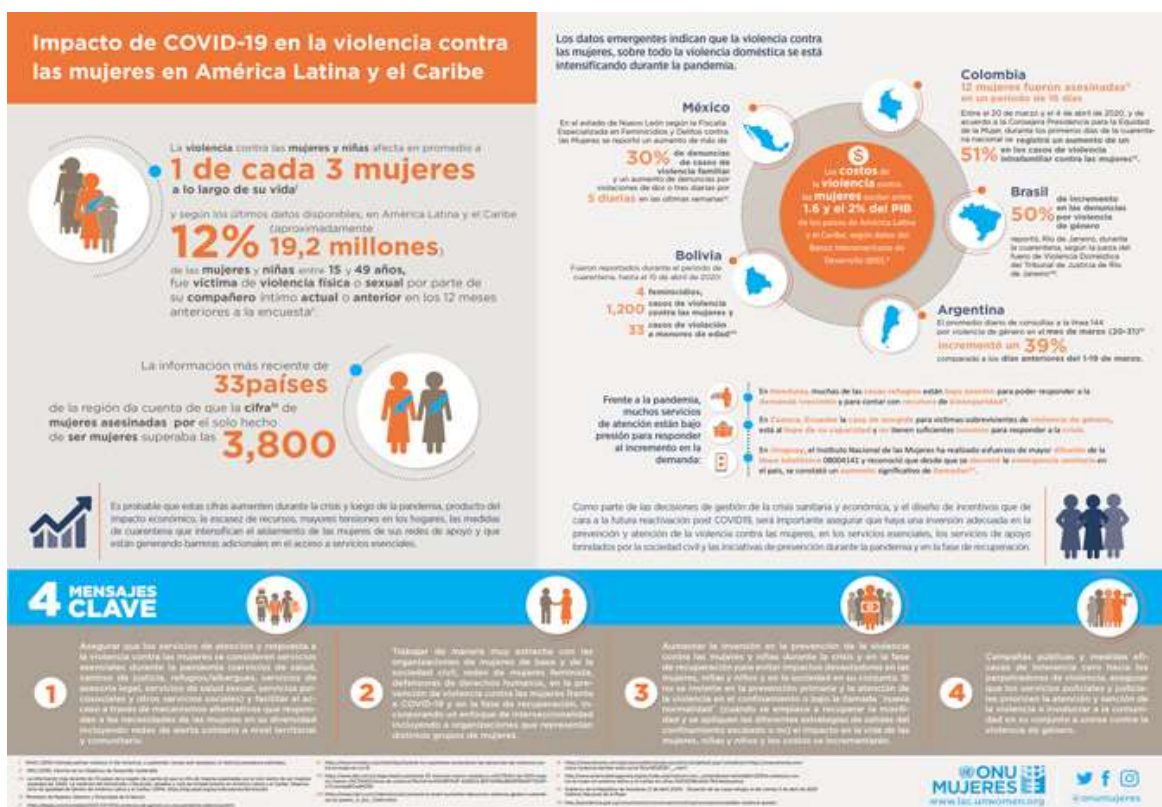
La pandemia de COVID-19, ya ha sido dicho, puso en evidencia en América Latina otras “pandemias” previamente existentes tales como el hambre y la pobreza, los femicidios y otras formas de violencia contra la mujer, los déficits de las políticas de salud sexual y reproductiva y el deterioro ambiental.

La región ha sido pionera en el mundo por las medidas aceleradoras de la igualdad en la política, con la adopción de leyes de cuotas y leyes de paridad. A pesar de los esfuerzos, las mujeres continúan subrepresentadas en el poder, en todas las instituciones del Estado (en promedios regionales: 30,6% parlamentarias, 28,5% en gabinetes ministeriales, 15,5% alcaldesas y 32,1% en máximo tribunal de justicia), razón por la cual los Estados deberían haber redoblado los esfuerzos para asegurar la participación igualitaria de las mujeres en los mecanismos de respuesta a la crisis, lo que no sucedió. Entre los Estados Miembros de la OEA, solamente 8 países cuentan con Ministras de Salud, conforman el 70% de la fuerza

laboral en el sector de la salud, pero solo representan el 25% de los puestos de liderazgo.<sup>8</sup> La OMS señala que “las mujeres proporcionan la salud y los hombres la lideran” y ha estimado que lograr la igualdad de género en el sector de la salud llevará 202 años.

Según varias fuentes gubernamentales e intergubernamentales, los principales efectos de la pandemia sobre las mujeres han sido:

- **El confinamiento obliga a las mujeres a estar encerradas con sus maltratadores.** Teniendo en cuenta que el hogar es el lugar más peligroso para las mujeres, el encierro hace que se incremente el riesgo de violencia contra ellas en la medida en que aumenta el tiempo de convivencia; se generan conflictos alrededor de cuestiones domésticas y familiares; la violencia se prolonga sin que sea interrumpida y se genera una percepción de seguridad e impunidad del agresor. A manera de ilustración, el cuadro que sigue muestra la evolución de casos de violencia contra la mujer durante la pandemia en algunos países.



- **El encierro de niñas genera un aumento de la violencia sexual en su contra y mayores complicaciones para mantenerse en procesos de escolarización.** El confinamiento hace

<sup>8</sup> COVID-19 en la vida de las mujeres. Razones para reconocer los impactos diferenciados, Comisión Interamericana de Mujeres, 2020. Consultado en: <http://www.oas.org/es/cim/docs/ArgumentarioCOVID-19-ES.pdf>

que las niñas estén más expuestas al abuso y la violencia, a lo que se adiciona el riesgo de abandono y exclusión escolar post pandemia.

- **El incremento de la violencia contra las mujeres y niñas en internet (ciberviolencia).** La tecnología constituye en este momento de emergencia y aislamiento una herramienta fundamental de acceso a la información, a la educación, al trabajo e incluso facilita el acceso a los servicios para mujeres víctimas de violencia, pero también abre nuevos caminos a los perpetradores. Esto conlleva una mayor exposición de las víctimas en las redes y activa la red de los depredadores sexuales.
- **Los ataques violentos y el acoso contra el personal sanitario** -colectivo integrado por una mayoría de mujeres- en viviendas y en medios de transporte. Teniendo en cuenta que el personal sanitario está conformado mayoritariamente por mujeres, estas manifestaciones violentas adoptan formas específicas contra las mujeres y generan impactos diferenciados.
- **La denuncia se dificulta por razones de género.** Las mujeres tienen un enorme temor de quebrantar las órdenes de cuarentena y las restricciones sanitarias y de la circulación, que se exacerba por sus roles en el cuidado y protección.
- **Los servicios de atención y protección a la violencia contra las mujeres no están diseñados para responder ante las situaciones** derivadas de la emergencia COVID-19.
- **El confinamiento agudiza la crisis del cuidado,** aumentando la carga global de trabajo de las mujeres. Según la OIT, las mujeres tienen a su cargo 76,2% de todas las horas del trabajo de cuidado no remunerado (más del triple que los hombres), y son ellas quienes tienen doble o triple jornada laboral, situación que se ha agravado con las medidas del confinamiento, particularmente en las familias con hijos/as en edad preescolar o que no pueden asumir de manera autónoma la educación a distancia. La situación actual también ha empeorado en las familias donde algún miembro sufre una enfermedad crónica o están al cargo de adultos/as mayores dependientes, ambos grupos de riesgo para el coronavirus. Esta mayor carga de trabajo impacta negativamente el trabajo remunerado y la salud de las mujeres, sobre todo en ausencia de sistemas de cuidados institucionalizados.
- **En tiempos de crisis económica, el riesgo para las mujeres pobres aumenta.** En 2017, por cada 100 hombres viviendo en hogares pobres en la región, había 113 mujeres en similar situación. Por otra parte, alrededor de 2017, el porcentaje de mujeres sin ingresos propios alcanzó en promedio regional un 29,4% mientras que para los hombres la cifra era de 10,7%. En otras palabras, casi un tercio de las mujeres de la región es económicamente dependiente, condición que las expuso a una mayor vulnerabilidad.
- **Las trabajadoras domésticas están más expuestas a la pérdida de su trabajo** en condiciones que las condenan a la pobreza. En América Latina, el 11,2% de las mujeres

ejerce como trabajadoras domésticas, el sector con los ingresos más bajos de la economía y escasa o ninguna protección. Las trabajadoras domésticas enfrentan el doble riesgo de contagio por seguir trabajando, o de pobreza por dejar de trabajar en situaciones de informalidad donde no tienen acceso a licencia pagada.

- **Las trabajadoras migrantes están viviendo graves consecuencias económicas y de salud.** En particular, las mujeres migrantes que se dedican al trabajo de cuidado y doméstico están viviendo graves consecuencias económicas y de salud como resultado de la crisis. Las restricciones de viaje pueden impedir que las mujeres lleguen a sus trabajos o las pueden abandonar por el riesgo de salud, mientras que la situación de irregularidad de las trabajadoras migrantes puede impactar su acceso a servicios de salud y otros recursos. Las mujeres migrantes, incluyendo las mujeres refugiadas y desplazadas por conflictos y otras emergencias, también pueden enfrentar desafíos particulares, especialmente la falta de acceso a servicios de salud. En marzo de 2020, más de 4.9 millones de personas habían salido de Venezuela, llegando principalmente a otros países de América del Sur. Además de la escasez de suministros esenciales y servicios de salud, los centros de atención a migrantes, albergues o centros de detención migratoria pueden presentar condiciones de hacinamiento que crean mayores riesgos de infección.
- **Las mujeres afrodescendientes e indígenas enfrentan mayores riesgos.** Esto debido a la desigualdad socioeconómica y otros factores asociados como la falta de agua potable y la desnutrición. Además de enfrentar mayor riesgo de contagio, pueden afrontar menor acceso a recursos sanitarios y de salud. Varios pueblos indígenas de la región han tomado la decisión de aislarse voluntariamente, para tratar de evitar el riesgo de infección. En general, las poblaciones afrodescendientes no tienen esa opción, ya que viven más en zonas urbanas en condiciones de hacinamiento y falta de infraestructura sanitaria básica.
- **Las mujeres tienen menos acceso a la tecnología.** A nivel mundial, hay 200 millones más de hombres que mujeres con acceso a Internet, y las mujeres tienen 21% menos probabilidad de tener un teléfono móvil, un recurso clave en países en desarrollo donde los teléfonos brindan acceso a seguridad, redes de contención/organización, sistemas de alerta temprana, atención de salud móvil y transferencias de dinero. En el contexto del COVID-19, esta brecha digital de género tiene implicaciones cruciales para el acceso de las mujeres a información y servicios de salud, noticias públicas sobre medidas de aislamiento y cuarentena.

## 5. LAS VOCES DE LAS COMUNIDADES: UNA MIRADA DE GÉNERO

A lo largo de las entrevistas que realizamos, hemos podido constatar en la práctica las diferentes dimensiones del impacto que ha tenido el desarrollo de la pandemia del COVID-19 en las mujeres, en sus comunidades y en sus propias vidas personales.

Independientemente de las diversas políticas públicas adoptadas por los gobiernos de la región hubo tres mensajes comunes -derivados del conocimiento internacional con relación a la pandemia- que fueron emitidos y que, en gran medida, resumen los títulos de los impactos.



**“Quedarse en casa”** tuvo varios mensajes paralelos para concientizar sobre su importancia: cuidar de sus familias, evitar la propagación del virus, salvar vidas, confinarse. El mensaje no tomaba en consideración las dificultades de todo tipo que significaban para millones de personas de la región el hacerlo.

En primer lugar, por la carencia de algo que pueda llamarse “casa”. Los datos presentados en la primera sección ilustran claramente la situación de hacinamiento y carencia de una casa para millones de desposeídos.

En segundo lugar, la casa no es un lugar seguro para muchas mujeres ya que según muestran los datos la mayor cantidad de femicidios y situaciones de violencia contra las mujeres tienen lugar en el hogar.

Tercero, la consigna de “quedarse en casa” implicaba aumentar considerablemente el tiempo de las mujeres dedicado gratuitamente al cuidado.

Cuarto, casi la mitad de la población latinoamericana no tiene acceso a internet, por lo que la estadía en casa significaba la desconexión con el mundo exterior, generándose así una mayor brecha en el acceso a otros, a la información, a oportunidades, a seguros, a empleos, etc.



Quinto, aunque quizás no fue pensado adrede, de hecho, provocó una desmovilización social y una paralización de la sociedad civil en sus reclamos de justicia social.

Como dijo, Marcos Aguila, profesor de la UAM Xochimilco, **“Para los de abajo, quedarse en casa es un infierno, y salir de casa un salto al vacío”**.<sup>9</sup>

### **Reinventarse ellas y sus organizaciones**

El “quedarse en casa” tuvo, en consecuencia, implicancias esperadas y otras no tanto. Saskia Niño de Rivera, directora de la asociación civil Inserta de México, que trabaja en asistencia y defensa de los derechos humanos de la población carcelaria, dijo que: *“Primero entré en un modo de supervivencia, pensando como reinventarme a mí y a la organización. No podíamos entrar a las cárceles porque son focos de infección tremendos. Hay el doble de casos que la media nacional. No podíamos exponer a nuestro equipo de esa manera. Nos tocó entender como estar presentes sin presencia física, que es lo que más necesitan las reclusas. Somos una organización de territorio por definición”*.

En un nivel más personal, Saskia afirma que *“he tenido que confrontarme conmigo misma, me he tenido que reinventar y tomar decisiones personales. Y mi manejo de las emociones no es lo mejor de mí. La maternidad se siente muy fuerte cuando estás encerrada, estas en casa y no jugas conmigo, me dice mi hija. He sentido culpa de trabajar en casa. Este es un sentimiento que tengo que controlar. Traje a una niña al mundo: ¿a qué mundo me preguntaba? Yo no escogí esto, no hubiera traído a este mundo a mi hija, sin poder estar con otros niños, ni ser libre”*. Pero al poco tiempo, reaccioné y me dije: **“Yo no me voy a quedar en mi casa viendo a la gente morirse de hambre”**.

Por el contrario, Ana Arocena, empresaria y cofundadora de la empresa Triex de Montevideo, Uruguay, no se quedó en su casa. *“Nosotros, como somos una actividad de gestión de residuos, y no paran, nunca estuvimos en cuarentena. Seguimos desde el día uno haciendo la vida corriente. Nuestras tareas no podían parar. Era raro: el mensaje era “quédate en casa” pero nosotros seguíamos en la calle trabajando, aunque eso no evitaba la angustia de ir contracorriente y el miedo a enfermarnos.”*

Desde el lugar de dueña de una empresa, Ana señala que tuvieron que invertir muchísimo en nuevas conversaciones con su cadena de valor (empleados, proveedores, inversores). En su empresa no han tenido ningún caso positivo de COVID-19, pero la gran mayoría de sus empleados preferían no ir a trabajar y quedarse en sus casas. Llegaron a un acuerdo de que quien no fuera a trabajar no sería sancionado, pero no recibiría la paga. Ello llevó a un crecimiento importante del ausentismo. *“Tuvimos que gestionar el miedo y no la enfermedad”*, concluye Ana.

*“La normalidad era violenta, era pobreza”* afirma Kendra Avilés de la organización Incide Joven de Guatemala. Según ella, *“la pandemia ha descontrolado todo”*, aun cuando la

---

<sup>9</sup> <https://www.animalpolitico.com/blog-invitado/la-pandemia-y-la-guerra/>



situación previa no fuera nada halagadora. *“El gobierno guatemalteco ha tenido mucha irresponsabilidad en la situación actual de la salud (gastando recursos económicos en la construcción de hospitales que nunca fueron ni siquiera inaugurados) y ha dejado la situación a la suerte de los ciudadanos: a quien les da, mala suerte, y al que no, se salva”*.

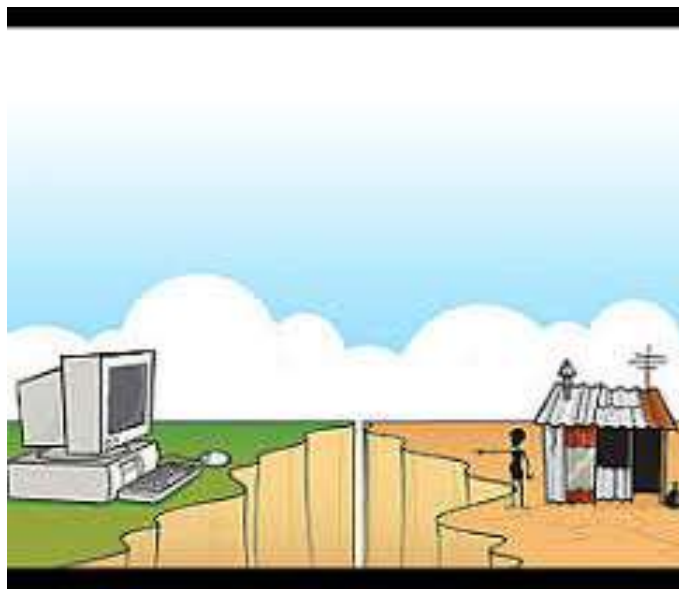
Como muchas otras mujeres, Kendra tuvo que acoplarse al trabajo a distancia desde la casa, con la sobrecarga que ello implica. *“Es desbordante”* asegura, cuando se refiere a la cantidad de reuniones virtuales que mantiene. Tuvo que limitar su circulación personal y laboral debido a la cuarentena, como todos. *“Nos tocó cambiarlo todo, ya habíamos organizado la estrategia, las acciones y tuvimos que cambiar todo el presupuesto, el plan de trabajo, pero no los objetivos. Nos permitió volvernos a pensar, sobre todo en las formas de trabajo. No planteamos nuevas prioridades, solo cambiamos las formas”*. Como a otras mujeres en otras regiones, le asusta la mayor violencia que existe contra las mujeres: *“La pandemia evidenció las crisis que ya existían, puso a la luz cuestiones que antes eran invisibles”*.

*“Para nosotras, las defensoras de derechos humanos de las mujeres en Nicaragua, la situación se ha puesto muy complicada. Venimos de una situación de represión estatal a la que se suma ahora la pandemia. Entonces, tenemos que escondernos de la represión y también del Covid”* dice sin ambages Felicita, de FUNDECOM de Nicaragua. *“Aquí estamos nadando contra la corriente. El gobierno dijo que el coronavirus era solo para los ricos, para la gente pudiente. La gente se lo creyó y por lo tanto no se cuida, no usa mascarilla. Los hospitales están saturados, entonces la gente se queda en sus casa y se automedica con cualquier cosa, y se están muriendo... Nuestra situación es mucho peor que el Covid. Ahora estamos trabajando virtualmente intentando acompañar a las mujeres víctimas de violencia. Para ellas, quedarse en casa ha significado mayor violencia. Estamos acompañando a las defensoras comunitarias con alimentación y con kits de limpieza. Hacemos lo que podemos con lo que tenemos. Nuestro lema hoy es auto cuidarnos, para cuidar a los demás”*.

En el mismo sentido razona Rebeca Thompson Cortese, directora ejecutiva de la Fundación Fútbol para el Desarrollo (FUDE) que opera en el gran Buenos Aires, Argentina: *“Para nosotros, cambió radicalmente nuestra práctica porque nuestro eje de trabajo es la presencialidad, somos la oda a la presencia, estar, acompañar, el cuerpo a cuerpo. La imposibilidad de la presencia física puso sobre la mesa la fragilidad de nuestra institución. Estamos hace años sobre un nivel de precariedad absoluta tratando de mejorar la calidad de vida de las familias. El COVID-19 no originó una situación inexistente, sino que exacerba la realidad de la precariedad estructural que no tiene resto. Hay que reinventar y restablecer la forma de vincularnos y acompañarnos. Por ejemplo, quisimos hacer una olla popular, años trabajando para no ser un comedor, y pensar más allá. Pensamos: hay agua, hay cocina, pero ¿cómo nos comunicamos con la gente? La mitad de las personas no accede a las redes sociales, ¿cómo se soporta la contingencia en esa fragilidad? Así que estamos repensando desde esta perspectiva, desde esta fragilidad”*.

## Exclusión digital de las comunidades

Dentro de ese repensar, es clara al afirmar que *“No se puede resolver sobre lo que no se conoce, por ejemplo, ¿qué conectividad tenemos? Ahora nos enteramos de que tenemos siete integrantes de una familia con un solo teléfono. La continuidad educativa a distancia es imposible. El realizar un trabajo informal -una “changa”- se hace difícil porque no estás en la red, ¿Cómo lo haces? Tenemos que conocer mejor las fragilidades, las debilidades. Siempre pensamos en otras cosas, hoy nos toca preocuparnos y ocuparnos de saber en qué condiciones estamos de virtualizar esta red de trabajo. La inclusión digital es un proceso muy complejo. La mega brecha es la exclusión digital. Además, solo el 30% de la gente tiene cloacas y el 40% agua de red y el resto no. La situación es supercrítica, a nivel vivienda, sanitaria, educativa, violencia...”*



Efectivamente, la exclusión digital ha sido una de las cuestiones que más han quedado en evidencia en estos tiempos. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y su Relatoría Especial para la Libertad de Expresión (RELE) manifestó por medio de un comunicado su preocupación por las serias limitaciones en la falta de acceso a internet en la región de los sectores más vulnerables de la población y la consiguiente limitación para el ejercicio de otros derechos fundamentales, lo que afecta de manera particular a las comunidades indígenas, la población afrodescendiente, mujeres, niños, niñas y adolescentes y personas mayores, entre otros grupos.

Según se expresa en el comunicado publicado por la entidad dependiente de la Organización de Estados Americanos (OEA), con sede en Washington, *“en el contexto actual de emergencia sanitaria generada por la pandemia del COVID-19, el acceso de las personas a una internet de calidad adquiere una centralidad insoslayable. A partir de las medidas de aislamiento y/o distanciamiento social impuestas por los gobiernos a nivel global y su extensión en el tiempo, la conexión a internet aparece como la herramienta por excelencia para continuar con las tareas cotidianas que anteriormente requerían el contacto presencial, además de ser crucial para el ejercicio de los derechos civiles, políticos, económicos y culturales”*.<sup>10</sup>

Según cifras de la Unión Internacional de Telecomunicaciones, en el continente americano casi 23% de la población no cuenta con acceso a internet, en distintos niveles según país, subregión y comunidad. En América Latina y el Caribe se calcula que al menos 300 millones de personas no tienen acceso. Los mayores índices de desconexión se encuentran principalmente en países de América Central, el Caribe y América del Sur.

### **Estado ausente en los territorios**

*“Acá la Constitución es letra muerta”, afirma sin ninguna duda Sonia España, fundadora y directora de la Agrupación afroecuatoriana Mujeres Progresistas, de Guayaquil, Ecuador, y coordinadora de la empresa social África Mía. Su trabajo y vida se desarrollan en la Isla Trinitaria, sector Nigeria. Desde allí, ve que “en Ecuador la última y preocupante novedad es que se descubre en plena epidemia la corrupción de quienes están ocupando cargos políticos y en hospitales. Estamos naturalizando que todo el mundo robe, inclusive el presidente”*.

En su sector Nigeria, la situación es alarmante: *“los chicos no estudian, se limitó la educación, hay menos empleos, y lo toman como si fuera natural. Fuimos de casa a casa diciéndoles que no salgan, te traemos la comida, si no es necesario salir, quédate en casa. No todos hicieron caso, pero la mayoría se cuidó, se lavó las manos, usó tapabocas. Fue un éxito el control. Ahora que estamos con semáforo amarillo, la gente se quedó, pero se comió lo ahorrado y está sin recursos para seguir viviendo. Tenemos una cantidad inmensa de desempleados, hombres y mujeres, y niños que no estudian porque no hay clase presencial sino a través de la tecnología. Pero nosotros no tenemos, así que lo chicos están en la calle sin hacer nada. Las consecuencias serán muy graves. Los chicos no tienen nada que hacer. Si no se toma un correctivo lo que puede pasar es que estos chicos empiecen a delinquir y las chicas se embaracen, están todos en la calle sin nada que hacer, se cerró todo lo recreativo”*.

El desempleo generado por el COVID-19 *“es un efecto muy negativo porque se come lo que hay, lo que la situación te permite conseguir, hay hogares donde se come una vez al día, dependen de la vecina. El que está mal alimentado va a tener consecuencias en su salud*.

---

<sup>10</sup> <https://ladiaria.com.uy/politica/articulo/2020/9/cidh-manifiesta-su-preocupacion-por-falta-de-acceso-a-internet-de-sectores-vulnerables-en-el-marco-de-la-pandemia-de-coronavirus/>

*Ahora es más difícil que el vecino te dé porque no tiene para el mismo, en este momento no tenemos ninguno”, agrega Sonnia.*

*Su crítica es fuerte: “ahora se publica una nueva ley humanitaria, que perjudica a los que menos tienen, que paguemos más impuesto, es preocupante, porque no nos dejan organizarnos para poder conversar como antes, no podemos discutir ni salir a reclamar nuestros derechos, nos limitan a entender. Eso no es una ley humanitaria.”*

Tan grave como la situación de las afroecuatorianas es la de las trabajadoras sexuales en la Argentina. En nuestra conversación con Georgina Orellano, directora de la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina en Acción por nuestros derechos (AMMAR)<sup>11</sup> revela que *“el estado está completamente ausente para nosotras. Quedamos fuera del diseño de políticas del estado, lo que deja en evidencia nuestra precarización laboral. No es lo mismo tener un trabajo y protección social, y nosotras sin derechos, no tenemos ni casa donde quedarnos, algunos pueden pasar su cuarentena normalmente, pero nosotros no tenemos nada, ni casa, compañeras hacinadas en condiciones precarias, compartir cocina con 70 familias, que no pueden bajar el permiso de circulación porque no tienen ni celular”*. En el contexto de aislamiento social durante la pandemia, varias trabajadoras sexuales se volcaron por completo a la virtualidad y así logran sobrevivir. Pero no es el caso de la mayoría: muchas trabajadoras no tienen acceso a internet y varias más, ni siquiera celular. Esto no sólo las complica a la hora de generar dinero, sino también al momento de tramitar documentos, subsidios, pensiones. Ese acompañamiento también lo están realizando desde AMMAR, con una asistente social y un abogado que una vez por semana atienden en las sedes.

Igual de contundente es el testimonio de Rosa Vilches, líder social y dirigente de la Unión Femenina Organizada (UFO) de Arica, Chile: *“Las mujeres se sienten solas y sin trabajo en el covid. Los bonos que entrega el gobierno no son una solución, al contrario, hay otros métodos que se podrían haber implementado, sin la angustia de no saber con qué van a pagar la comida de sus hijos. Entonces, se pusieron a cocinar menues para afuera, el delivery y la ayuda entre ellas; que una cocine, que la otra vaya a entregar cuidándonos del contagio.”*

Mira más allá de su comunidad y apunta alto: *“ningún gobierno estuvo a la altura, al menos acá en Chile, de la situación. Y todavía tenemos para tiempo más, ¿qué va a pasar, ¿qué van a hacer estas mujeres? El gobierno nacional entrega bonos de 50 mil pesos, te alcanza para una persona, pero no para una familia, no es para todos sino para los muy pobres, también una caja de mercadería para una familia y el costo es de 50 mil si lo compro yo costaría menos, y en Arica ni siquiera han llegado. Las políticas públicas no ayudaron a las familias. ¿De qué viven las familias si hay toque de queda? Yo no creo que el estado debe mantener a todos, pero ahora sí, por la urgencia. Que vivan en la miseria no se puede ni se debe, la gente no tiene la culpa de la epidemia. Acá si no pagas el agua te la cortan. Estamos*

---

<sup>11</sup> AMMAR es un sindicato que cuenta con 6.500 afiliadas en todo el país y delegaciones en doce provincias.

*haciendo una campaña para que dejen de pagar el agua, no se entiende que haya que seguir pagándola cuando la gente no tiene como pagar ni la comida. Tendrían que ayudar y hacer un cambio los gobernantes, ¿cuál es la ayuda que se recibe? Las que trabajan en la construcción en instalaciones, electricidad, siguen trabajando y como es bien pagado no hay problemas, por eso estuvimos muy bien como organización y las reuniones las hacemos por zoom y son muy importante para apoyarnos unas a otras, son de catarsis”.*

Teresita Cabrera es una emprendedora social y periodista de Cuenca, Ecuador, y coopera con otras emprendedoras. Para ella *“las dos primeras semanas del covid fueron muy difíciles para mí porque yo siempre articulo ayuda, sin embargo, ahora fue super complicado. Al inicio había un bombardeo de información, fue frustrante y luego pensar cómo ayudar porque no podía salir a armar kits y así surgió la plataforma soy Azuay para poder ayudar y evitarles la tercerización. Hay días que estamos contentos y otros no tanto. Nos habían dicho que se congelaban los créditos durante la cuarentena, pero al final no fue así, así que se está haciendo un reclamo a la junta financiera por que los bancos hacen lo que quieren. Se limitó mucho el apoyo al desarrollo y es puro asistencialismo. A nosotras, como mujeres, este momento es muy complicado, hay muchos despidos sobre todo a las mujeres. Primero ganas menos y luego que te despiden primero”.*

Continúa Teresita: *“el covid mostró la falta de recursos en salud, en educación, el colapso del sistema médico, educativo, penitenciario, la falta de acceso digital. Hasta hubo un tema de discriminación, buscando al otro en lugar de realizar un proceso interno. Los culpables fueron los de Wuhan y después los de... siempre mirando y apuntando, discriminando para afuera. A los países que les fue mejor, fue los que trabajan en sus sistemas de valores, como país, basado en los ciudadanos y en la participación activa. No hubo prácticamente políticas públicas, sino de emergencia que se determinan por los gobiernos sin la participación de la gente. Nosotros pedimos que nos pongan en cuarentena, que vino desde la gente a los gobiernos tanto nacional como provincial. Hicieron un sistema de semáforos, verdes, amarillo y rojo y en función de eso tenías que quedarte en casa. No hubo políticas ni acciones para los que no trabajaban, entonces la gente salió y el contagio subió. Es fácil decir quédate en casa cuando tienen privilegios. Dejaron libre albedrío, que la empresa pueda despedir, entonces no hay ninguna protección laboral”.*

La única excepción en la región fue quizás Uruguay. Varias fuentes reportan que ha sido el único país que está logrando controlar la pandemia. En palabras de Ana, *“El Sistema de salud uruguayo permitió controlar la epidemia. El gobierno dio seguros de desempleo a los más afectados, adaptados a la realidad, abrieron figuras nuevas que antes estaban asociadas solo al despido. Eso fue rápido y acertado; con los mayores de 65 lo mismo, licencias pagas. Instituciones ágiles y robustas facilitaron la respuesta rápida del Sistema”.*

### **Mujeres rurales**

El caso de Uruguay quizás ejemplifica la situación de las mujeres rurales en toda la región. Antes de la pandemia, las mujeres rurales ya eran el sector de la población menos

empleado. En 2019, la tasa de empleo de las mujeres que habitaban en localidades menores a 5.000 habitantes era de 43,7%, según datos del Inmujeres (Instituto público) basados en la Encuesta Continua de Hogares de ese año. Esa cifra era de 52,5% para las mujeres que vivían en Montevideo y de 47,7% para aquellas que residían en localidades con más de 5.000 habitantes.

A la falta o pérdida de trabajo por el coronavirus, se le suma el factor “miedo”: al contacto, a contagiarse o a contagiar. Este miedo, para Silvia Páez, vicepresidenta de la Red de Grupos de Mujeres Rurales del Uruguay, también repercutió en la actividad económica. *“El impacto de la pandemia en las mujeres rurales fue muy importante porque, amén del temor, hubo un importante shock en cuanto a su autonomía económica. Las mujeres dejaron de salir a vender sus productos en ferias vecinales, mercados de cercanías o lugares en los que acostumbraban a juntarse y que era lo que les permitía tener esa independencia económica tan necesaria”,* reflexiona Páez. En ese sentido, cree que hubo un retroceso. *“La independencia económica es necesaria para cualquier persona, pero para la mujer, cuando realmente había empezado a manejar todo eso y a tener su pequeño o su gran capital, se ha perdido bastante”.*

No sólo afectó la economía de las mujeres, aclara Páez, sino la autonomía e independencia que tenían en general en sus propios hogares. *“Hemos visto que el temor logró aquietar aquello que habíamos logrado, porque las mujeres nos habíamos empoderado y, hoy por hoy, el temor al contacto, a contagiarse o a contagiar ha hecho que no se salga”,* evalúa Páez. En esa línea, la sobrecarga de las tareas de cuidados –un fenómeno que se agravó durante la pandemia para mujeres de todos los sectores– también cayó fuerte en los hombros de las mujeres rurales. *“No nos olvidemos que la mujer sigue siendo el eje”, dice Páez: es la que está en la casa con sus hijos, con sus nietos y a veces con los hijos de los peones*.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> [https://ladiaria.com.uy/feminismos/articulo/2020/10/las-mujeres-rurales-dan-pelea-por-autonomia-economica-soberania-alimentaria-y-acceso-a-la-salud-frente-al-impacto-de-la-pandemia/?utm\\_source=newsletter&utm\\_medium=email&utm\\_campaign=feminismos](https://ladiaria.com.uy/feminismos/articulo/2020/10/las-mujeres-rurales-dan-pelea-por-autonomia-economica-soberania-alimentaria-y-acceso-a-la-salud-frente-al-impacto-de-la-pandemia/?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=feminismos)



**“Lavarse las manos”** fue otro de los mensajes centrales frente al COVID-19. Con ello, se sabe, se pueden disminuir las posibilidades de contagio. No hay dudas que, en cuanto medida de corte sanitario, lavarse las manos es esencial como prevención. Lo que no deja de ser una paradoja ya que, como vimos, existe una gran carencia de acceso de los hogares al agua potable.

Como metáfora, es una expresión que significa “desentenderse de un asunto que te atañe y que tiene graves inconvenientes, declinar toda responsabilidad en él o manifestar la grave repugnancia con que uno permite actuar a otros en el asunto”. Así entendida, las mujeres entrevistadas de ninguna manera se “lavaron las manos” sino que todas ellas, dentro de la medida de sus posibilidades, buscaron alternativas para que sus organizaciones pudieran continuar funcionando de distintas formas: adaptando sus estilos de trabajo, revisando la planificación de actividades, reinventando sus principales estrategias, modificando sus programas y hasta reconsiderando la misión de sus organizaciones.

Para Saskia, *“ha sido agotador, en momentos de desesperación, tener que reinventarnos a nosotros y a la fundación. La incertidumbre me genera angustia, es la incertidumbre de que todos estamos aprendiendo, inclusive el gobierno que nos dice que hacer, por aquí que va y que no va. Permanentemente me preguntaba: ¿Estar en contacto sin estar en contacto, como es?”*

Aún con todas las incertidumbres a cuestas, Saskia no se paralizó. *“Fundé un proyecto para darle de comer a los que tienen hambre. Juntamos a gente increíble para hacerlo en forma colectiva y juntamos por lo menos un millón de dólares para comprar comida para que nadie se quede sin comida en la mesa. Fue difícil implementarlo porque la gente en México quiere salir a la calle y ayudar, pero ahora ¿quién sale a repartir? la logística fue complicada...”*

Continuando con su reflexión, Rebeca señala: *“Subsidiar la pobreza es peligroso. Hay que darle jaque mate al estado, a lo público como es hoy, nuestros intentos desde la sociedad civil van a ser a cuentagotas, las ONGs son micro. En Argentina tienen poca incidencia, no somos consideradas como relevantes, estamos como tercerizados y no como tomadores de decisión. Hay que considerar a las organizaciones en la territorialidad, en sus saberes y no*

*solo convocarlas en emergencias o ejecutar ideas en otros ámbitos. Para nosotros es muy importante la presencialidad”.*

*Georgina también habla de las respuestas que pudieron dar: “a nivel nacional recibimos ayuda alimentaria del gobierno una vez por semana, pero nosotras organizamos ollas populares todos los días, repartimos viandas los fines de semana en Buenos Aires, realizamos jornadas de limpieza y reparto de productos de higiene. Estamos articuladas con la Red de América latina y el Caribe y de España y otros países de Europa. Son las que primero nos alarmaron en el inicio de la pandemia, por eso pudimos adelantarnos con una respuesta y crear un Fondo Nacional de Emergencia para apoyarnos.”*

La pandemia también impulsó a mirarse hacia adentro. *“El COVID-19 sirvió para conocernos más, soportarnos y ver cómo podemos vivir entre nosotros y si somos capaces de salir adelante. También para que el hombre se dé cuenta que uno los atiende a ellos, a los niños, la cocina, limpia, compra. Era normal que vieran a las mujeres encerradas en casa, cuidando de todo. Al tener que encerrarse los hombres se visibilizó el trabajo que hacemos nosotras todos los días. Vieron como las mujeres tenemos que tomar nuestras propias iniciativas porque no tenemos ayuda del estado”,* dice Sonia. Su organización, África Mía, también tuvo que repensar sus actividades y readecuarlas a las circunstancias. Se pusieron a cocinar y preparar viandas para las familias más pobres de su barrio llegando a distribuir más de 100 cajas alimentarias por día, gracias al apoyo recibido de la filantropía local.





Pero la reacción de África Mía no fue solamente la ayuda alimentaria. Cuenta Sonia que *“nosotros nos hemos replanteado la reactivación de la economía de la mujer a través del banco comunitario que beneficiará a 300 mujeres; estamos invadidas de mujeres venezolanas, también colombianas y aparte las afro, somos tantas que por algún lugar tenemos que comenzar. 300 mujeres, 3 dólares semanales, son 12 mensuales, a los 4 meses vamos a tener capacitaciones con la universidad de liderazgo, planes de inversión, a los 4 meses queremos empezar a darnos créditos de nuestra propia plata, mínimos de 100 en adelante y de comenzar a apoyar pequeños emprendimientos que cayeron por el covid. Por ejemplo, los cakes, hoy vino una y trajo los 12 dólares, el mes entero, acá esta la plantilla, todo anotado. Esta compañera tendrá su plan de negocio en septiembre porque tiene la posibilidad de pagar, para otras 3 dólares se le hace difícil, así nos vamos ayudando entre nosotras. Por ahora es nuestra propia inversión sin apoyo externo, esperamos que nos ayuden otros. Queremos que esas mujeres conozcan sus derechos, estén preparadas y capacitadas. Que vean que somos capaces de invertir y no solo de gastar como nos dicen ellos”*.

Rosa cuenta como reaccionaron en Arica: *“Yo tengo las herramientas para cuidarme, pero las mujeres que están en la casa se sienten desvalidas. Entonces se formó el kiosco familiar en la casa de Olivia: todas las que le sobra algo en su casa lo dejan en lo de Olivia y las que les falta algo en la casa lo van a buscar y si tienen algo que les sobre lo dejan, dejan el arroz y se llevan el azúcar. Así tratamos de solucionar de manera colectiva los problemas individuales de falta de comida o de otras cosas”*.

Teresita también aporta sus ejemplos para ilustrar como respondieron en Ecuador: *“hemos organizado charlas para niños, para jóvenes, para grandes, espacios de reflexión para contener a la comunidad por lo que estamos pasando, y aprovechar para hablar de temas del cuidado de la naturaleza, romper el silencio y el aislamiento. Se ha potenciado el trueque y cada uno que pueda aportar a otros, en esa dinámica, estamos truequeando servicios por comida, asesoría de productos para que no se pierdan las cosechas, como hacer mermeladas, fermentos, nos toca ponernos creativos y ayudarnos unos a otros”*.

Felicita, desde Nicaragua, piensa en más allá. *“Debemos pensar en desarrollar procesos más sostenibles, que nos preparen a enfrentar todo. Nosotras estamos desarrollando ideas para generar ingresos para las empleadas domésticas que se han quedado sin trabajo, desde una perspectiva de la economía feminista.”*

### **Mujeres migrantes codo a codo con las locales**

Un punto importante para destacar es como estas mujeres ejercieron también su solidaridad junto a **las mujeres migrantes**, en este caso las venezolanas en Ecuador, no sólo distribuyendo alimentos sino también generando acciones tendientes a fortalecer sus capacidades de autogestión.



Otro ejemplo de interés sucedió en Buenos Aires. Juana, 51 años, es promotora de salud del Frente de Organizaciones en Lucha (FOL) y vive en la Villa 1-11-14, la más poblada de la ciudad de Buenos Aires, desde que llegó de Perú, hace 20 años. Junto a otra gente, organizaciones sociales, residentes y personal del Hospital General de Agudos Parmenio Piñero organizaron un corte de calle para denunciar la situación y la falta de recursos sanitarios en la zona ante la progresión de la COVID-19. Nada nuevo. El virus sólo resaltó las problemáticas que ya existían y son cotidianas para quienes viven en los barrios populares de Buenos Aires en cuanto a vivienda, trabajo, salud. En otras palabras, en cuanto a sus derechos ciudadanos básicos.

***“La cuarentena -dice Juana- nos pide resistir en nuestras casas. Pero cuando estas se vuelven un lugar de peligro por la falta de agua o las condiciones de hacinamiento, urge tomar de nuevo la calle como se pueda: concentrándose con distanciamiento social para denunciar sin ser denunciado”.***



Juana pertenece al comedor Berta Cáceres. Desde las 11.30 los vecinos y las vecinas del barrio arman una fila que da vuelta a la manzana. Así sucede todos los días desde que empezó la cuarentena. Unas 100 familias se inscribieron para recibir sus raciones de comida de lunes a viernes, otras 100 quedaron en la lista de espera. Juana camina por la cola, alcohol en mano: reparte información, conversa con la gente, responde preguntas y trata de detectar situaciones de riesgo y casos potenciales de COVID-19.

En la puerta está Patricia, de 43 años, responsable de que las personas que van a buscar sus raciones ingresen una por una. Llegó a Argentina desde Bolivia hace cuatro años. Su hermana vive en el barrio y participa en el FOL, fue por ella que entró a la organización. Hoy incluso la representa en la campaña “Migrar no es delito”, que defiende y pelea por los derechos y la regularización de los migrantes. Todos los martes tiene que hacer horas comunitarias en el comedor, cumpliendo con las tareas que hagan falta para que la máquina solidaria funcione: cocinar, recibir mercadería, atender, entre otras. Desde que la COVID-19 entró al barrio, Patricia trabaja el doble o el triple para cubrir a sus compañeras que tuvieron que aislarse o que resultaron infectadas.

Una mujer desempleada, un joven que pide algo de comida, una familia que se acerca para llevarles algo a sus hijos. Patricia cuenta que siempre hay una compañera dispuesta a dividir su ración personal para compartir. Pero no sólo se trata de dar, aclara, sino de explicar por qué esa comida llegó a su plato y qué hace la organización más allá del comedor y de esa

vital entrega; explicar que no es magia o punterismo, que es lucha y trabajo de hormiga desde mucho antes de la pandemia.<sup>13</sup>



### **Comunidades indígenas**

Es importante destacar también la manera en que las comunidades indígenas de la región, donde el protagonismo de las mujeres es incuestionable, hicieron frente a la pandemia. El caso de Ecuador es por demás ilustrativo. Las organizaciones comunitarias de los pueblos indígenas y comunidades locales que se reconocen como Territorios de Vida o TICCA, tomaron una serie de medidas ante la declaratoria de emergencia sanitaria por el COVID-19 en Ecuador.<sup>14</sup>

Bajo un enfoque de cuidado comunitario proponen, deciden y dan respuestas de acuerdo con sus culturas, a sus capacidades organizativas y a las distintas realidades territoriales a las que esta emergencia les confronta.

Sus esfuerzos contrastan con el bajo nivel de cumplimiento de las diferentes instancias del Estado con sus obligaciones en materia de derechos humanos y derechos colectivos, que establecen medidas eficientes para proteger la salud y la vida de los pueblos indígenas y comunidades locales y para proporcionarles una atención sanitaria culturalmente

---

<sup>13</sup> <https://ladiaria.com.uy/lento/articulo/2020/9/mujeres-migrantes-frente-a-la-pandemia-en-la-villa-1-11-14/>

<sup>14</sup> <http://crespial.org/respuestas-comunitarias-los-territorios-vida-ecuador-la-emergencia/>



aceptable, así como alimentos u otro tipo de ayuda humanitaria, cuando sea necesario, y sin discriminación.



### **Redes de esperanza**

En los pueblos amazónicos la emergencia también motivó una revalorización de la medicina ancestral y comunitaria. El PSHA promueve entre las autoridades comunitarias que todos los mensajes sobre medidas de prevención, higiene y contención sean compartidos con sabios y sabias tradicionales para que ellos puedan traducirlos y replicarlos en Shuar Chicham y difundirlos con su sabiduría entre los representantes de cada familia.

En Sarayaku están trabajando para que los jóvenes aprendan con los sabios y sabias el uso de la medicina ancestral para fortalecer las defensas y el sistema respiratorio.

En todos estos pueblos indígenas y comunidades locales, la emergencia es percibida como un desafío a sus sistemas propios de organización social y territorial relacionados con la soberanía alimentaria, tema que se ha convertido en un eje de trabajo prioritario para estas organizaciones.

Ya está en marcha el plan alimenticio basado en las capacidades propias de cada comunidad y en las tradiciones alimenticias de las familias Waorani con huertas y bosquecillos bioculturales manejados, que son clave para tomar conciencia de la situación actual y tomar decisiones frente a la crisis alimentaria que generó la pandemia.

En Sarayaku *“las mujeres que son el centro del ayllu [comunidad], están preocupadas por la pérdida de las chakras [cultivos], y saben que no podemos descuidar la provisión de alimentos propios para el cuidado comunitario. Con mingas [trabajo comunitario] estamos recuperando y mejorando las chakras, intercambiando semillas”*.

Al mismo tiempo, el gran desafío que presenta esta emergencia al debilitado sistema de salud pública es el reconocimiento de los pueblos indígenas y comunidades locales como un principio de interculturalidad en la política pública.

Esto implica visibilizarlos, reconocer y respetar sus territorios, reconocer y potenciar sus propias normas y protocolos ante el COVID-19. Solo así, es posible garantizar sus derechos colectivos, sus derechos humanos fundamentales y los derechos de la naturaleza en esta crisis nacional y global.<sup>15</sup>

### **La vuelta del trueque**

En México, los primeros casos de coronavirus se registraron, de acuerdo con los datos oficiales, a finales de febrero. A partir del 23 de marzo se puso en marcha el programa “Sana distancia”, para mantener un “aislamiento preventivo” en la población. Sin embargo, hasta el 20 abril no se había anunciado ningún plan de atención específico para los indígenas, pese a que representan el 21.5 % de la población, según la Encuesta Intercensal 2015 del INEGI. Esta emergencia sanitaria, resalta la antropóloga Alicia Lemus, muestra una vez más la deuda histórica que el Estado tiene con los pueblos indígenas, sobre todo en materia de salud. *“Todo está pensado —subraya— para el México urbano y no para el México rural e indígena. Hay un abandono y una discriminación histórica. Y ante situaciones como estas, una epidemia así nos puede borrar”*.

Debido a la falta de turismo y a la disminución de personas en las calles, las ventas ambulantes han bajado en México durante los meses de la pandemia. El sector informal ha sido el más afectado al reportar, en los primeros cuatro meses del año, una caída en el empleo del 27.2%, según datos del Consejo Nacional para la Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). Esto golpea a cientos de miles de familias y en especial a personas indígenas.

Sin apoyos por parte del gobierno ni reservas económicas para sobrevivir la pandemia, las mujeres indígenas salen a las calles para conseguir alimentos. “Le tengo miedo al Coronavirus, pero tengo tres bocas que alimentar. No me puedo quedar encerrada en casa”, dice Nereida Cruz, mujer otomí que habita en la Ciudad de México. Por las bajísimas ventas, las mujeres de su comunidad optaron por ofrecer sus productos a cambio de alimentos. Fue tal su desesperación que hicieron un cartel anunciando a la gente la posibilidad del trueque. “Ofrecemos muñecas Ar Lele, tapabocas y los demás productos por comida. Cuando nos va bien, la gente nos da cosas sin pedir algo a cambio”, dice Cruz.

---

<sup>15</sup> Pueblos indígenas y COVID-19 en América Latina. Un enfoque humanitario en <https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/PUEBLOS%20INDIGENAS%20Y%20COVID-19.pdf>

## La ayuda entre nosotras

Desde Arica, Rosa resalta la educación y la ayuda mutua como los pilares del desarrollo y como estrategia frente al COVID-19: *“la capacitación es fundamental, pilar de todo, una mujer capacitada es una mujer que se puede enfrentar a un hombre y al mundo. Lo primero es la ayuda entre nosotras. Hemos hecho préstamos a otras socias para que puedan pagar sus deudas, ya que hay algunas que reciben sus sueldos a pesar del covid. Se ha mostrado la solidaridad al máximo entre las miembros de la organización. Esta es la idea fundamental de nuestra organización desde los inicios, tener mujeres que podamos apoyarnos, acompañarnos, consolarnos cuando estamos mal y eso es lo que tenemos; nos unimos por una necesidad y hemos aprendido a palearnos entre nosotros mismas y complementarnos y hasta comparten las computadoras para los niños, y les ayudan a enseñarles y así vamos construyendo nuestro futuro. En la organización tenemos una fotocopidora que usamos para imprimir los trabajos que les mandan a los hijos de las miembros y alguna de nosotros va llevando las tareas impresas casa por casa, todo bien cuidado. Así nos hemos apoyado y feliz por eso, siento que las mujeres han estado a la altura de los problemas que tuvimos y tenemos”*.



**Taparse la boca** se ha convertido también en un símbolo esencial en estos tiempos de pandemia de coronavirus, junto con la cuarentena, el lavado de manos y el distanciamiento social. La mascarilla, tapabocas, cubrebocas o barbijo se va convirtiendo poco a poco en una exteriorización del cuidado, una marca de responsabilidad con uno mismo y con la sociedad.

Su presencia hoy es como la sonrisa o el gesto amable en un territorio hostil; su ausencia, lo contrario.<sup>16</sup>

No obstante, el uso del tapabocas conlleva varios otros significados. Con frecuencia está asociado a callarse la boca, a no protestar, a no decir, a no cuestionar. En este sentido, nuevamente metafórico, podemos afirmar que las mujeres entrevistadas no se han callado la boca, a pesar de la pandemia. Sonia lo explica claramente al señalar que frente a la desinformación de los medios de comunicación *“la única defensa es hablar y protestar por medio de las redes sociales. Ello nos permite visibilizar el descontento con la ley humanitaria y la corrupción en los hospitales, porque los medios masivos dicen lo que quiere el gobierno.”*

Cuenta Saskia, que en México inventaron el *“Tapabocas morado en tiendas para reducir la violencia doméstica y que si entras a un comercio con el tapabocas llaman inmediatamente a la policía”*. Aunque como contracara lamenta que *“Perdimos la empatía, es decir la capacidad de relacionarnos entre unos y otros y construir el pensamiento colectivo”*.

En Bolivia, el grito feminista, sin bozal. El 8 de marzo miles de mujeres marcharon en Bolivia, uno de los países con más feminicidios de la región. El 22, llegó el confinamiento. El movimiento feminista Mujeres Creando reaccionó a la doble emergencia -y a la falta de recursos ante el cierre de sus comedores en La Paz y Sucre- con tapabocas y otros productos.

En los denominados “bozales para humanos” imprimieron mensajes como “Quédate en casa no es lo mismo que cállate en casa”, para que no se acalle el grito ante la violencia machista, dice María Galindo, referente del movimiento.

---

<sup>16</sup> <https://elpais.com/sociedad/2020-09-13/america-latina-explora-su-nueva-normalidad.html>





### De la necesidad a la oportunidad

Filomena Mamani es una mujer indígena de la cultura Mollo en la provincia Muñecas de La Paz, Bolivia. Es una de las bordadoras de las mascarillas andinas y cuenta que una necesidad para poder evitar el contagio de coronavirus se convirtió en una oportunidad para hacer conocer su cultura.

Filomena Mamani espera cada mañana la llegada de sus compañeras que vienen a su casa para bordar las mascarillas andinas. Filomena trabaja con 100 mujeres en el pueblo de Ticamuri y cada una de ellas elabora entre cinco a diez unidades al día. Estas singulares mascarillas están hechas de bayeta de la tierra, un tejido del Altiplano hecho de lana de animales del lugar. Una vez terminado los bordados, Filomena los envía hasta el pueblo de Ayata, donde se encuentra Ana Alicia Layme, un líder indígena, artesana que se encarga de coordinar el trabajo de las mujeres y explica que cada prenda cuenta una historia de cómo es la vida en su comunidad.<sup>17</sup>

*“Buscamos promocionar el trabajo de una mujer como es aquí, por eso vas a ver en los bordados la mama cargando su guaguïta (hijo) y haciendo, hilando y eso es el diario vivir de la mujer siempre está acompañada con un animal o con unas plantitas”,* cuenta Ana Alicia Layme. Son 700 mujeres de 15 poblaciones que se dedican a bordar con prisa las mascarillas. Cada uno tiene un costo de 15 bolivianos (2 euros). Ana Alicia explica que en 7 días lograron vender más 1.700 unidades y que con su trabajo son visibles ante la sociedad.

<sup>17</sup> <https://www.dw.com/es/m%C3%A9xico-trueques-para-sobrevivir-en-tiempo-de-covid-19/a-54527550>

En la capital boliviana se ponen de moda los mascarillas andinas para poder evitar el contagio con el coronavirus. "Es cómodo, es calentito y bueno lo que más resalta aquí son los diseños más que todo, los diseños los colores y así demostrando nuestra cultura boliviana", cuenta la compradora local Itai González.

Por la pandemia las mascarillas son de uso obligatorio en Bolivia y quienes usan el barbijo andino sienten que están apoyando a promover su cultura. Las artesanas mujeres intentan ahora exportar sus mascarillas a los mercados internacionales. "Este es el trabajo de las mujeres que se está visibilizando en las artesanías y una oportunidad de hacernos conocer al mundo", subraya Ana Alicia Layme.



## 6. LA “NUEVA NORMALIDAD”: CERTEZAS E INCERTEZAS

La pandemia, y las medidas políticas y sociales que surgieron de ella, han sido marcantes para las comunidades de América Latina, y en particular para sus mujeres. Frente a un panorama revoltoso, inestable y desigual que precedió al Covid-19, los efectos desmovilizadores tuvieron impactos importantes.

Varios temas surgieron claramente de nuestras entrevistas e investigación de cara al futuro post-pandemia que afectarán directamente a las iniciativas de filantropía comunitaria:

- El cuestionamiento a la idea de la “nueva normalidad”, con base en la crítica a la “vieja normalidad”: menor confianza, dudas sobre la reciprocidad, mayor solidaridad;
- El debilitamiento de la democracia participativa en la región;
- Las consecuencias económicas de la pandemia en la calidad de vida de la gente, particularmente en términos del empleo y el trabajo y recursos propios;
- La conciencia que tiene la brecha digital en la desigualdad;
- La escasa participación de la sociedad civil como actor de peso en las políticas públicas frente al impacto del covid;
- La solidaridad, en cuanto fenómeno temporario y reactivo;
- La importancia del papel de las mujeres.

### **Confianza, reciprocidad y solidaridad**

*“Nuestro vecino ha sido abolido. Es posible, dada la inconsistencia ética de nuestros gobernantes, que estas disposiciones se dicten por quienes las han tomado con el mismo temor que pretenden provocar, pero es difícil no pensar que la situación que crean es exactamente la que los que nos gobiernan han tratado de alcanzar repetidamente: que las universidades y las escuelas se cierren de una vez por todas y que las lecciones sólo se den en línea, que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales y sólo intercambiamos mensajes digitales, que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto –todo contagio– entre los seres humanos.”<sup>18</sup>*

Los cambios y los aprendizajes han sido muchos, según Teresita: *“Cambió la forma de relacionarnos, nosotros somos muy abrazadores y un reto es mantener el distanciamiento*

---

<sup>18</sup>Giorgio Agamen, “Contagio”, 11 / 3 /2020, <https://ficcionalarazon.org/2020/03/11/giorgio-agamben-contagio/>

*social. Otro reto, hay que dejar de pensar en el yo y pensar en colectivo, esta situación de emergencia nos ha enseñado dos cosas, que somos muy solidarios y otros muy egoístas. Creo que el autocuidado es la vacuna, que yo llegue a mi casa y haga todo el protocolo; si yo no me cuido no cuido al otro, hay actos muy egoístas, hay mucha corrupción en el manejo de los insumos de medicamentos y duele como ciudadana, como persona. Otro aprendizaje, el ponernos creativos. Si seguimos una lógica anterior pensando igualito hay estamos mal, proceso de reflexión del tema económico del tema de país, asociativo e interno para poder salir exitoso de esta situación. Salirse del cuadrado, hay que dejar de hacer las cosas como antes, hay que reflexionar sobre lo que ahora viene, la humanidad necesitaba este sacudón para reaccionar, las brechas sociales con esta pandemia, nos deja a los que trabajamos en temas sociales, la visión de que nos falta mucho camino por recorrer y mucha tela por cortar. Nos cuesta perderle el miedo al poder, pero hay un miedo interno que no permite avanzar más, hay un sistema machista que limita el espacio de las mujeres.”*

El distanciamiento social, la reclusión en las casas y el uso del tapabocas han sido todas medidas que contribuyeron a debilitar los lazos de confianza en las comunidades. Las relaciones, donde se pudo, se transformaron en virtuales, dejamos de mirarnos a la cara, desaparecieron los lugares de encuentro, nació el temor al beso, al apretón de manos, al abrazo, se desmembraron familias y se alejaron las amistades. El miedo se instaló en la vida cotidiana y dejó secuelas y preguntas de cómo estas podrán ser restauradas.

Saskia ejemplifica sus dudas ya que *“a los latinoamericanos nos gusta el contacto físico, el humano, la sonrisa, la gente tiene que volver a abrazarse, como nos vamos a tratar entre nosotros, es una advertencia, la están cagando, con qué actitud vamos a volver y que vamos a hacer desde cada trinchera para sacar esto adelante”*.

La solidaridad, sin embargo, tuvo un auge que se expresó de diversas maneras tal como lo hemos descrito en los diversos testimonios. Las catástrofes, como el Covid-19, suelen llevar a ello. Las comunidades reaccionan y tratan de ayudarse a sí mismas frente a la ausencia del estado. En qué medida la solidaridad, en cuanto fenómeno temporario y reactivo, pueda evolucionar hacia formas más permanentes y proactivas de filantropía local, es hoy una pregunta abierta.

### **Militarismo, control y debilidad democrática**

Desde el comienzo de la pandemia muchos gobernantes se refirieron a que estábamos enfrentando una guerra y nuestro enemigo era el virus. El lenguaje utilizado acompañó a esa mirada: línea de frente, batallas ganadas, cada uno un soldado.

El presidente Donald Trump se ha autoproclamado "presidente en tiempo de guerra" y llama a la pandemia "el peor ataque" de la historia de los Estados Unidos. "Debemos actuar como cualquier gobierno en tiempo de guerra" declaró el Primer Ministro Boris Johnson, mientras que el Presidente Emmanuel Macron afirmó en múltiples ocasiones en un reciente discurso televisado que "Estamos en guerra". "Las organizaciones de salud y los medios de

comunicación también han adoptado el vocabulario militar. Los médicos y las enfermeras están luchando en el "frente" con un "ejército de voluntarios" para ayudarles, y se pide a los ciudadanos que se unan en un "esfuerzo de guerra" conjunto. Con la excusa de la guerra se tomaron medidas de excepción sin pasar por la discusión democrática, se confinó a las poblaciones bajo la pena del castigo, se proclamaron "toques de queda", se inhabilitó el debate de ideas, se asustó a las comunidades para que se quedaran en casa. Las sociedades latinoamericanas retrocedieron rápidamente en su calidad democrática, ya de por sí débil.

Como ya ha sido señalado inteligentemente por Hanna Merertoja, *"Para los líderes políticos, la retórica de la guerra es una forma conveniente de transmitir la gravedad de la situación y justificar la legislación de emergencia y la suspensión de ciertos derechos fundamentales. Si nos apartamos de la narración de la guerra, podemos imaginar cómo una nueva conciencia mundial de dependencia mutua podría dar lugar a un mayor sentido de la solidaridad, que podría ayudarnos a construir un mundo más justo desde el punto de vista social y ambiental para las generaciones futuras.*

*En lugar de narrar la pandemia como una historia de guerra, podríamos narrarla como una historia abierta en un momento de la historia en el que la humanidad se enfrenta a la oportunidad de elegir entre diferentes rutas hacia diferentes futuros. Nos encontramos en una encrucijada histórica en la que las decisiones políticas salvarán o costarán millones de vidas".<sup>19</sup>*

Un general está al frente del Ministerio de Salud en Brasil. Rige el estado de excepción en Ecuador, Perú y Chile. La policía de Buenos Aires se subleva por mejoras salariales. La muerte en manos de la policía de un abogado enciende la ira ciudadana en Bogotá. Un operativo contra una fiesta clandestina termina con 13 muertos en Lima. En México, el Gobierno se apoya en el Ejército para casi todo. Las medidas extraordinarias contra la propagación de la COVID-19 han dado un inesperado protagonismo a policías y militares. Frente a la memoria aún fresca de las dictaduras de los setenta y ochenta, las fuerzas de seguridad se presentan ahora como garantes del orden y, sobre todo, eficientes. El papel protagónico de los uniformados, sin embargo, levanta muchas suspicacias por las consecuencias a futuro que pueda tener haberles otorgado tanto poder.

Las necesidades de control social han empoderado a las armas. El fenómeno no es homogéneo en la región, pero sigue como patrón que los uniformados han tomado el control de las calles. "En los países donde las Fuerzas Armadas ya tenían un rol importante, como Brasil, México, Perú, Bolivia y Colombia el coronavirus acentuó ese rol. En el caso de México, por ejemplo, hasta se les cedieron puertos y autopistas", dice el politólogo argentino y experto en seguridad Fabián Calle. Los uniformados han sumado protagonismo

---

<sup>19</sup> <https://www.opendemocracy.net/es/dejemos-de-narrar-la-pandemia-como-una-historia-de-guerra/>

sin ruido, como si la gente considerase el nuevo *statu quo* una consecuencia natural e inevitable de la pandemia.<sup>20</sup>

Según Kendra, *“ha habido un aprovechamiento del control social sobre el control de las personas, no solo el confinamiento, sino que se está montando la infraestructura de la no movilización y de la falta de poder a la ciudadanía”*.

Felicita Lainez, directora de la Fundación para el desarrollo comunitario (FUNDECOM) de Nicaragua, es más radical aún y señala que *“en este contexto, hablar de derechos en Nicaragua, en este contexto, se ha convertido en un delito. Venimos de una situación de represión contra las mujeres en los últimos dos años, y la pandemia vino a empeorarla, ya que ha utilizado la pandemia para seguir reprimiendo. Desde el gobierno no solo no han hecho nada, sino todo lo contrario, están promoviendo reuniones masivas donde hay mucho contagio. Hoy Nicaragua está más triste y más crítica”*.

Sonia, desde Chile, tiene dudas y miedos sobre el futuro y la “nueva normalidad”. *“No sé qué tan normal puede ser, ya que estamos viendo a los militares con sus escopetas en la calle, a la gente con mascarillas, parece una película de terror, vivirlo es chocante. Comenzaron los conflictos sociales, como país de la lucha por nuestros derechos, veníamos con eso y el covid nos llevó a todos a nuestras casas. Espero que cuando llegue la normalidad tengamos como estado un tirón de orejas, no supieron llevar la epidemia, no supieron llevar bien a la gente, se necesita un cambio urgente, espero que lo estén conversando, porque de verdad está todo muy mal. Por supuesto que espero las mea culpas del estado y tener un cambio radical, por ejemplo, una nueva constitución. No se cuánto cambio va a generar, ¿podrá eso ayudar a los más pobres? Es que tenemos que ayudar con la equidad salarial, sí, pero para quien, ¿para los que tienen título nada más? ¿y para los otros?, los recursos no fueron necesarios para el personal de salud, eso también tiene que cambiar.”*

### **Brecha digital**

Los confinamientos han desdibujado las líneas entre lo físico y lo virtual. Actividades que hasta hace unos meses se hacían, íntegra o parcialmente, cara a cara —educación, trabajo, compras—, hoy son 100% en línea. Y esa difuminación entre ambos mundos está exacerbando las brechas digitales entre personas, empresas y países: de nuevo, los más vulnerables, que son también los que peor acceso a canales digitales tienen, quedan rezagados.

---

<sup>20</sup> <https://elpais.com/internacional/2020-09-12/la-pandemia-empodera-a-las-fuerzas-armadas-en-america-latina.html>

Pese al importante avance registrado en la última década solo el 68% de los latinoamericanos tienen acceso a Internet, frente al 84% de media en los países ricos. Y mientras el 20% más rico de los latinoamericanos usa la Red en su día a día, solo el 37% del 20% más pobre lo hace. Esa brecha, de 40 puntos porcentuales, contrasta con los menos de 25 en el conjunto de la OCDE. ***“El coronavirus ha hecho de la transformación digital inclusiva una prioridad máxima para atenuar los efectos negativos y acelerar la recuperación económica inclusiva. La necesidad de adoptar una transformación digital beneficiosa para todos es una de las principales lecciones extraídas de esta crisis, y puede ser una oportunidad para que los países le den el protagonismo que se merece en sus agendas digitales”***, reza el informe publicado en septiembre por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), Naciones Unidas, el banco de desarrollo regional CAF y la Unión Europea.

El bloque en su conjunto también sufre en comparativa internacional: *“Los países de América Latina y el Caribe se han caracterizado por una brecha de productividad elevada y creciente en comparación con las economías desarrolladas. Y la revolución digital debería ser la fuerza que impulse el aumento de la productividad, en especial en el caso de las micro y pequeñas empresas que se están quedando rezagadas”*, se lee en el estudio.

### **Desempleo**

El impacto social será desigual, mucho mayor para el 40% de los trabajadores que no tienen acceso a ninguna forma de ayuda ni mecanismo de protección social y para las micro y pequeñas empresas, "que carecen de capacidad para amortiguar el golpe", apuntan los firmantes del estudio. Según sus guarismos, hasta 2,7 millones de empresas están en riesgo de echar el cierre en los próximos meses —en su mayoría, las de menor tamaño y, por tanto, menor músculo financiero—, lo que supondría la pérdida de 8,5 millones de empleos. *“Las nuevas clases medias eran vulnerables y la crisis está demostrando que no era cierto que no pudiesen regresar a la pobreza”*, remarca Mario Pezzini, director del Centro de Desarrollo de la OCDE.

Con todo, los muchos males del hoy pueden —y “deben”— *“transformarse en una oportunidad para redefinir el pacto social, convirtiendo el bienestar en un elemento central, dando prioridad a sistemas de protección social más fuertes, unas finanzas públicas más sólidas e inclusivas, así como la necesidad de poner en marcha estrategias productivas inclusivas y sostenibles”*.

### **Sostenibilidad en la práctica**

Amalia Souza, directora y fundadora del Fondo socioambiental CASA de Brasil apunta: *“el covid dejó muy claro el liderazgo de las mujeres como siempre; quedó evidente, 60% de los proyectos que apoyamos son liderados por mujeres y ahora no fue diferente. Vimos con claridad, las demandas indígenas, extractivistas de amazonia, la rapidez con las que las*



*mujeres se organizaron para crear tapabocas, espacios de aislamiento, transporte de alimentos, búsquedas de estructuras y lugares de salud, de acceso a la comida. Vamos ahora a una segunda etapa para captar recursos, cuidar la salud y la alimentación de las comunidades, ahora clarísimos en resiliencia, autosuficiencia, el cuidado. Hay que invertir en soberanía alimentaria, pequeños negocios comunitarios, conexiones entre la producción de alimentos tradicional, recuperación de los alimentos, de las hierbas, frutos que tal vez por comodidad dejaron de utilizar por estar cerca de centros urbanos, pero ahora más que nunca tienen que recuperar sus conocimientos culturales, fortalecer la regeneración de sus territorios, ser los protagonistas, que siempre fueron de este planeta porque viven en los espacios que mantienen la vida del planeta y este momento es crucial para que el mundo pueda verlos como lo que son, quienes con su conocimiento y potencialidad podrán guiarnos para un momento nuevo del planeta”.*

### **Mujeres que no se quedan en casa, no se lavan las manos ni se tapan la boca**

*Varias son las reflexiones que surgen de la vida en la pandemia en torno al papel de las mujeres. Según Rebeca, “La crisis del covid está atada a lo que fue la humanidad hasta ese momento. El rol de la mujer para gestionar la crisis es impresionante; creo que la mujer es la madre de todas las cosas, el poder de la mujer es infinito. Tanto en la vida familiar como en la vida comunitaria, tiene una capacidad de poder administrar emociones situaciones, conflictos, adversidades y vulnerabilidad y además cooperar con la falta de perspectivas y la incertidumbre. Esto tampoco era nuevo para la mujer. La mujer está más golpeada en el desarrollo de su integralidad, en una sociedad bravamente desigual con respecto al género. La mujer aprendió más, con antelación, a sostener, darnos las manos, soportar la exclusión; tenemos más recursos por estas experiencias que por vivir en la adversidad. Hay recursos aprendidos...”*

*El pensamiento de Sonia va en la misma dirección: “la mujer tiene un lugar sumamente importante. Somos las que estamos 24 horas en el hogar y por eso conocemos las necesidades de la casa y de la comunidad, hasta dejamos de comer por los demás. Somos nosotras las que estamos siempre reinventando hasta la comida de nuestros hijos para poder tener unos pesos. Nos echan toda la responsabilidad de todo, en casa y en las mujeres de la comunidad. Asumimos toda la carga de los problemas en casa y alrededor”. Sin embargo, hace hincapié especial en las mujeres negras: “Estoy preocupada por la realidad de las negras. Es diferente de las mestizas y las indígenas. La indígena se preocupa por estudiar y por la tierra, y la mestiza por la política porque sabe que allí está el poder; la afro solo por pintarse las uñas, son futuras esclavas de un país que constantemente avanza.” Y agrega: “todos los días nos reinventamos para poder llevar adelante esta vida tan difícil. Hay un dicho: camarón que se duerme se lo lleva la corriente. Nosotras somos fuertes: podemos parir, tener un hijo en el vientre, soportamos que el hombre se va de la casa, somos viudas, madres solteras, somos valientes, guerreras. Somos todo lo que queramos ser. Cuando nos demos cuenta la potencia que tenemos, somos el motor de la vida. Cuando aprovechemos esa fortaleza no nos para nadie y seré la primera presidenta mujer negra del país.”*



Georgina agrega, en referencia a las trabajadoras sexuales, *“la necesidad de tener el mismo acceso a los derechos laborales para no volver a padecer lo que padecemos hoy si vienen nuevas epidemias y crisis. La importancia de las mujeres, siempre en contexto de crisis somos las más precarizadas; la realidad de los hombres no es la misma. Las que repartimos viandas, limpiamos, preparamos las viandas somos solo las mujeres. Por eso es importante estar organizadas y tener el apoyo de los mismos pares”*.

Kendra resalta, más allá de la pandemia, *“la demanda histórica de ser sujetas de derecho. Hay una violencia institucionalizada que lo permite. Las mujeres somos las piedras en el zapato de todos los gobiernos. Los cambios han sido en retroceso. Los momentos coyunturales de crisis como este son una oportunidad para los movimientos sociales de mujeres. Hay un hartazgo social frente a la violencia con las mujeres”*.

Teresita se entusiasma al pensar que *“hay que ser disruptivo en todo y no tenerle miedo al choque que existe entre el hoy y lo que hay que reinventar desde lo interno y desde nuestra asociación. Las nuevas generaciones -yo estoy en la edad media entre las que lucharon y las nuevas-, ellas son mucho más reflexivas, como sus derechos sobre su cuerpo, posicionarse frente en la política, vienen más preparadas, pero con una carga muy fuerte de maltrato de desapariciones (grupos activistas). Paso en México, en Argentina, acá aun no frontal, pero si han sido compañeras de organizaciones sociales. Se viene un revuelo para las mujeres siempre y cuando podamos hoy dejarles un camino abierto y los que están en la justicia puedan hacerla valer, las nuevas generaciones vienen con peso grande y libertades muy fuertes. Ojalá no se pierdan en el camino”*.

Para Ana, no caben dudas que el papel de las mujeres durante la pandemia es importantísimo. *“Sublime el rol de las mujeres, y uso esa palabra porque tenemos capacidades y le damos un modo, un abordaje, que el varón mayoritario no le da. Cada vez más, es necesario pensar, más que mujeres y varones, el antipatriarcado. Yo reconozco muchos hombres sublimes e importantes. Me gusta más los cuidados, que es un abordaje femenino, la importancia del foco de cuidado, que las mujeres somos genias en eso y el varón está aprendiendo.”*

*“Las mujeres cumplen el más importante rol en la pandemia, el mundo requiere humanización, sensibilizarnos”,* apunta sin dudas Saskia. *“Creo que la mujer tiene una manera muy distinta de liderar, y el mundo lo está pidiendo a gritos. Somos menos perversas ante el poder, somos más solidarias, más humanas, es más difícil cegarnos ante una situación de sufrimiento humano e injusticia social, y esas características no están hoy en el poder”*.

*“La mujer es fuertísima siempre, acá se necesitan mucha fuerza psicológica y de contención y la mujer es la idónea para ese trabajo, la que cuida y la afectiva, la que supera todo obstáculo y no se necesita fuerza bruta para superar el covid”* afirma contundente Sonia. *“Hemos sabido mirar hacia el frente para solucionar, la mujer nació para este rol, somos las idóneas para este trabajo, los problemas familiares, los niños pelean, la mujer ha sabido*

*contener la familia como lo hizo siempre. Las nuevas generaciones son un orgullo definitivamente, son super autodidacticas, autosuficientes, independientes, tienen su visión nueva del hombre. Por ejemplo, mi hija, ella es una dirigente desde que nació, super clara, tengo que estudiar, yo no quiero pedirle nada a nadie, la generación de hoy en día nos da esperanza que las mujeres del mañana serán lo que nosotros esperamos de nosotras. Nuestra generación estamos en proceso de cambio, las mujeres de nuestra generación son machistas, se conforman con que el hombre ayude y no se dan cuenta que es su obligación porque es su casa o sus hijos, en cambio las nuevas generaciones ya no piensan así. Quieren el cambio, pero no se atreven a generarlo. Ellas, la nueva generación son lo que yo hubiera querido ser. Tienen un futuro espectacular porque se están empoderando. En mi comunidad quieren que su futuro sea diferente, nos van a dar lecciones con sus convicciones personales. Las mujeres chilenas han cambiado muchísimo, en Arica las mujeres de pueblo están cambiando, el cambio lo van a hacer ellas, las mujeres piensan en comunidad y los hombres en el dinero. Hace 20 años atrás era un pollito y mira con otras mujeres que remararon conmigo lo que fuimos capaces de construir; yo no sería quien soy si no fuera por el esfuerzo de todas. Hay más organizaciones sociales lideradas por mujeres en Arica que por hombres.”*

*“En nuestras comunidades ha habido un empoderamiento ideológico de las mujeres muy importante en cuanto a sus derechos; ha llegado el momento ahora de que desarrollemos un empoderamiento económico que nos permita ser más sostenibles para la vida, de manera que las mujeres puedan liderar en sus comunidades, que tengan más fuerzas, pero que puedan vivir también”, apunta Felicita.*



## 7. CONCLUSIONES: LA PESTE Y EL DÍA DESPUÉS

A largo de este trabajo hemos mostrado dos modelos sobresalientes en cuanto a las respuestas a la epidemia del Covid-19 que se desplegaron en América Latina. Por un lado, la respuesta de los gobiernos, y por el otro, las respuestas comunitarias lideradas por mujeres.

Los gobiernos instalaron una respuesta predominantemente sanitarista, paternalista y vertical, opacando así las capacidades de la ciudadanía de ir comprendiendo los desafíos a medida que circulaba la información y crear opciones reales de protección y cuidado personal, familiar y comunitaria. La reacción pública fue también autoritaria, intentando reducir al mínimo vivible los espacios de libertad de movimiento, de intercambio, de concentración y de palabra.

Muchos países de la región han ido tan lejos en sus prácticas que han sacado al ejército a la calle y han promulgado el toque de queda para evitar los desplazamientos. En este contexto reduccionista de la salud pública y del cuidado, el estado intentó constituirse en único y solo salvador y evitó articular con otros sectores sociales. Especialmente con las organizaciones de la sociedad civil, que conocen y están en relación directa con las necesidades reales de la ciudadanía y de las comunidades donde trabajan. Los resultados están a la vista. Miles de infectados y cientos de muertos diarios, hospitales saturados, personal de salud quebrado y una sociedad agotada de ver sus vidas reducidas por la falta de liderazgo de sus representantes.

Por otro lado, la respuesta comunitaria. Las sociedades de América Latina gozan de un entramado social y de lazos comunitarios, mayormente consolidados por mujeres, que están siendo el factor clave que les está permitiendo enfrentar y resolver algunos de los problemas que fueron profundizándose como consecuencia de la epidemia.

Como dijimos, **las mujeres que “hablan” en este texto, y que representan a muchas miles más no se quedaron en sus casas porque no pudieron hacerlo.** Las cuarentenas de América Latina no fueron pensadas en los modos locales, sino que se adoptaron siguiendo ejemplos y recomendaciones internacionales. Así, fueron pensadas para gente que tiene casas, acceso a internet y a agua potable, un auto y tarjeta de crédito. Sin estos elementos, no era posible quedarse en casa. Vale la pena la insistencia: El acceso a banda ancha de Internet no llega al 50% en la región, lo que se traduce en exclusión digital y menos oportunidades para muchos. Hace ya algún tiempo se habla de los “pobres digitales”. En tiempos de coronavirus esto significa que millones de personas no acceden a posibilidades de empleo remoto, educación y formación profesional en línea, o servicios financieros, entre otros beneficios. Por ello, salieron a trabajar, a cuidar de los otros, a cargarse al hombro las necesidades básicas que surgieron con la pandemia: alimentarse, acceder a agua potable, a generar algún ingreso para sus hogares. Se preocuparon por generar recursos donde no

existían, y lo hicieron al mismo tiempo que fortalecían las capacidades existentes en la comunidad de autoayuda, de compasión, de solidaridad.

Ellas tuvieron que crear en Ecuador bancos comunitarios para resolver la falta de acceso a recursos económicos para las mujeres de la comunidad; inventaron en Chile maneras de intercambio de productos y servicios para que todas las mujeres de la comunidad puedan generarse ingresos y llevar comida a sus hogares; desarrollaron cursos de tecnología en Argentina para reducir la gigante brecha digital que deja a casi la mitad de la población aislada completamente; ellas crearon una plataforma digital para permitirles a las artesanas de Ecuador que sus productos puedan seguir comercializándose y asegurarles los recursos económicos para sobrevivir. Ellas inventaron un banco de alimentos en México y se aseguran de que los miembros de su comunidad no pasen hambre.

**Esas mismas mujeres tampoco se lavaron las manos**, no se desentendieron de su entorno, no se refugiaron en sus individualidades ni pretendieron salvarse ellas solas. Ellas crean y recuperan un "nosotros comunitario", como lo hacen cientos de miles de otras mujeres de la región. Ellas siguen co-creando modelos de respuesta integrales a la epidemia que les permite a los miembros de sus comunidades no sólo protegerse sino seguir imaginando un futuro posible. Ellas entienden el ecosistema y el contexto en el cual la epidemia se desarrolla en sus propias comunidades y tienen las competencias y la confianza para crear en conjunto con otras mujeres soluciones sustentables que permitan sostener a los miembros de sus comunidades en estas épocas tan inciertas. La confianza en sus capacidades se transformó en su más importante recurso.

El factor que distingue a estos modelos de respuesta creados por las mujeres es la fortaleza y credibilidad en el lazo comunitario y la mutualidad entre los ciudadanos miembros de su colectivo. Este es probablemente el aspecto clave para lidiar con el coronavirus, que finalmente es un nuevo desafío social. Lo que se plantea es un propósito común, donde cuidarse es cuidar a otros y donde generar nuevos recursos y oportunidades es para el bien de todos. Este mecanismo de cuidado propio y ajeno funciona cuando los miembros de un colectivo se consideran parte de una comunidad y recurren a otros actores del propio tejido social para que cada uno aporte sus saberes para encontrar respuestas colectivas y posibles para el bienestar de todos.

La pandemia no recompensa al más inteligente o al más fuerte, sino a los que tienen mejor poder de adaptación colectiva. Eso hicieron las mujeres y lograron reducir al mínimo los niveles de contagio en sus comunidades.

**Ellas tampoco se taparon la boca**, sino que a pesar del barbijo salieron públicamente a denunciar las violencias domésticas resultantes del confinamiento, a reclamar la ayuda del estado ausente, a tejer alianzas, a reinventar sus vidas, sus trabajos y sus comunidades.

El "nosotros comunitario" liderado por mujeres que se articulan entre ellas y con el conjunto de organizaciones de la sociedad civil pareciera ser la condición indispensable para

fortalecer el tejido social, reducir los impactos del Covid-19 y pensar en un desarrollo sustentable posible que reduzca los miedos asociados a la muerte, la angustia asociada a la incertidumbre y ponga en relieve los saberes y la confianza para lograr coaliciones y redes que permitan la sobrevivencia del grupo.

Frente al discurso de la “guerra” contra el coronavirus encarnado sobre todo en los hombres gobernantes, las mujeres en las comunidades sacaron a la luz su mayor grado de empatía, solidaridad e instinto de colaboración y protección. Los dilemas del “día después” y las posibilidades de “reconstruir mejor” (*build back better*) dependerán en gran medida de como se resuelvan las tensiones entre, por un lado, el miedo, la desintegración y la anomia social y, por el otro, los esfuerzos de integración, cooperación y cuidado. En este juego, la filantropía comunitaria liderada por las mujeres tendrá un rol protagónico indiscutible.

.....